

CÉSAR
AIRA

EL
JUEGO

DE LOS
MUNDOS
NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN

emecé

El juego de los mundos

El juego de los mundos
Novela de ciencia ficción

César Aira

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[El juego de los mundos](#)

Aira, César

El juego de los mundos / César Aira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2019.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-04-3994-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© 2000, 2019, César Aira

La presente edición ha sido corregida por el autor

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere para Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3994-7

I

En una época remota del futuro se había puesto de moda uno de esos juegos que entusiasmaban a los jóvenes y les hacían perder el tiempo, para la impaciencia, y ocasional escándalo, de sus padres. Éste se llamaba El Juego de los Mundos. Se jugaba con un sistema de RT (Realidad Total), lo que, decían, le daba toda la emoción de lo vivido y respondía a la más repetida objeción de los mayores contra los juegos, a saber: que los mantenían en una permanente fantasía; en efecto, la RT no los sacaba del mundo real (los mundos, en plural, en este caso). Mis hijos se habían aficionado a él, todos ellos, lo que no me sorprendía porque siempre actuaban en grupo, con fraternal unanimidad. Yo solía quejarme del tiempo y atención que le dedicaban, de que me dejaran solo en la casa días enteros con el Sistema Inteligente doméstico que me daba toda clase de problemas (ellos me servían de escudo). Pero los dejaba hacer, y ellos conocían bien mi indulgencia. Ésta derivaba de mi comprensión, y más que comprensión, aprecio, por las diferencias generacionales. Así ha sido siempre y así debe ser, para que haya un poco de evolución y la especie no se estanque del todo, aunque esa evolución no vaya en el sentido que deseáramos. ¿Quiénes somos para juzgar?

Es inevitable que los padres no podamos entender la fuente de interés o la pasión de nuestros hijos; en el mejor de los casos vemos banalidades; en el peor, barbarie. El consuelo más a mano está en el hecho cierto y tangible de que nuestros hijos no son excepciones sino representantes cabales de toda una juventud para la que banalidad y barbarie (o lo que los mayores percibimos como tal) son un gesto cultural compartido, quizás una violencia necesaria contra las normas de la vieja civilización para que pueda renovarse. Por otro lado, mi postura de crítico era puramente teórica; no se me habría ocurrido prohibirles que jugaran a su juego favorito; además, no habría servido de nada que lo intentara. Mis reservas eran poco más que un tema de conversación entre nosotros, y su reiteración, y hasta mi busca de nuevos argumentos, lo habían vuelto parte de nuestro folklore familiar.

Además, habría debido ser muy duro de corazón para prohibirles algo que los hacía tan felices. Cuando los veía entrar, los ojitos brillantes, el pelo

revuelto, los gorjeos excitados de todos a la vez comentando las incidencias del juego del día, tenía la mejor respuesta a mis inquietudes de padre. Si ellos estaban contentos, yo también. La alegre pandilla tenía la habilidad de entrar y salir al mismo tiempo, aprovechándose de su número, de los agrupamientos momentáneos. Yo me esforzaba por contener a mi prole, como una configuración atómica, la única que le daba sentido a mi vida. El movimiento pendular que no cesaba, de dispersión-recolección, daba las horas de mis días. Había asumido mi responsabilidad de criarlos y educarlos, pero no la de hacer uso de las severidades que en el imaginario popular comportaba la tarea. Me lo impedía mi carácter manso, eminentemente dócil, que además de darle estabilidad al hogar me permitió aceptar los cambios abracadabrantos que había traído el futuro.

En definitiva, los dejaba pensar que yo era un viejo fósil incapaz de entender mi época, anquilosado en los perimidos valores del pasado, desprovisto de la agilidad mental necesaria para percibir dónde habían ido a posarse la diversión y el goce de la vida.

II

El juego en cuestión, que se jugaba sobre los sistemas de RT (Realidad Total) consistía en trasladarse a un mundo poblado por una especie inteligente, declararle la guerra y vencerla. El objetivo era lograr la aniquilación de la especie que había ganado el dominio de ese planeta. Y se lograba siempre, con los procedimientos de guerra superadaptables creados y perfeccionados por la compañía creadora del juego. Mis hijos, como otros miles de adolescentes, eran jugadores impenitentes, y no pasaba día en que no ganaran una partida, es decir destruyeran un mundo. Si no hacían más (y a veces lo hacían) era por falta de tiempo, porque cada una de estas guerras insumía entre dos y cinco horas. Podían hacerlo individualmente, pero lo hacían en bloque, como lo hacían todo.

Me los imaginaba, abriéndose paso por el negro de las galaxias exteriores, en RT, sin importarles nada en su algarabía de sobreexcitados, predadores del entretenimiento. Las calles y callejones de la gran ciudad del Universo los llevaban directo a su objetivo; apurados por llegar no se detenían a admirar las bellas novas o las irisadas nubecillas de átomos. No era una carencia exclusiva de ellos: el temple contemplativo estaba extinto. Qué distinto de mi época, cuando aprendíamos cosmología con papiroflexia, las manitos infantiles doblando las cartulinas hasta que nos quedara armado el exaedro, que exhibíamos triunfantes a nuestro padre al volver de la escuela. Y era toda una adquisición para el adorno del dormitorio. Dejábamos perder la mirada en sus lados todos exteriores, en los que habíamos pintado ratones bailarines y sapos violinistas en colores brillantes. Los misterios astrales nos sonreían... con misterio. Antes, mucho antes, en un pasado tan lejano que no tardó en volverse legendario, en los inicios de la conquista del espacio-tiempo exterior, antes incluso de que se armara el exaedro, la humanidad ávida de misterio salió en busca de la Gran Rosa, en el fondo del cono invertido de las dimensiones. Eran los siglos de la poesía... Pensar que hoy el rocío de la Gran Rosa se usa como líquido de frenos. Ya los amaneceres no le interesan a nadie. Quizás no tengo razón en lamentar esa tónica tan prosaica en mis hijos. Después de todo, ellos son un producto poético, y exigirles poesía podría producir sobrecarga.

Años atrás, cuando se inventó el juego, fue una diversión para millonarios, no sólo por los equipos sofisticados que había que usar, sino por el canon que se proyectaba cobrar, como «derecho de caza». Pero la evolución fue muy rápida: por un lado los aparatos pudieron reproducirse con mucha facilidad, hasta volver insignificante el costo. Por otro, antes de que se tomara una decisión sobre la tarifa por cobrar se había hecho patente que la cantidad de mundos habitados y civilizados era tal que daba lo mismo abrir su «explotación» hedónica al dominio público.

Como esto sucedía en un futuro muy remoto, debo dar algunas explicaciones para algún eventual lector del pasado. La primera es que estos mundos eran reales, tan reales como el nuestro. Todos existían en lugares más o menos lejanos del Universo, y todos tenían una historia tan larga y rica como la nuestra. Todos habían pasado por diferentes estadios progresivos, primero biológicos, después científicos y tecnológicos, hasta llegar al presente, en que podían hacer frente a esos vándalos que eran en realidad (ellos no debían ni sospecharlo) unos mocosos sin nada mejor ni más constructivo que hacer por las tardes.

Porque, por nuestro lado, la civilización que habíamos creado había llegado a ese punto, de encontrar descartable la población innumerable de los mundos, y ponerla a merced de la industria del entretenimiento. Si puede parecer objetable que se entregara a la ruina —y se la efectuara en un par de horas —una determinada suma de millones de años de evolución y acumulación de saberes sólo para que un chico tuviera una discutible diversión, hay, no obstante, un argumento ante el que yo mismo debía inclinarme: cuando mis hijos venían a cenar después de una de sus sesiones, solían estar entusiasmados por sus hazañas, y me describían los sistemas bélicos que habían debido enfrentar, los métodos exóticos de transporte y comunicación, las topologías multidimensionales de ese mundo (¡qué extraño oírles decir «El mundo de hoy no fue tan ineresante como el de ayer»!), sus paisajes y construcciones... era inevitable que su descripción me aburriera, me pareciera charla trivial, desprovista de verdadero interés. Por muy buena voluntad que pusiera en parecer atento, como no puede dejar de hacerlo ningún padre ante las actividades de sus hijos, ellos notaban mi tedio. Y ahí estaba el argumento a su favor: en que, al fin de cuentas, eran los Jugadores los que se tomaban en serio a los mundos, se enteraban de sus características, los estudiaban...

—Sí, ¡para destruirlos!

—¡Pero lo hacemos! Peor es la indiferencia de ustedes.

En efecto: no nos importa. No nos interesa. Y debería hacerlo, ¡vaya si debería! En el pasado habría sido un alimento de primera calidad para la curiosidad y la inteligencia. Ahí está todo: la organización de una cultura a partir de bases distintas, los elementos objetivos con los que se creó otra ciencia, otra filosofía, otra percepción. ¿Qué más puede pedir el trabajo intelectual? El conglomerado galáctico de mundos habitados podría compararse con una inagotable biblioteca en la que cada libro fuera todas las literaturas concebibles por una mente dada.

Y aun así, esas riquezas no nos dicen nada. ¿Por qué? Me llevaría muy lejos tratar de explicarlo. Quizás se deba simplemente a la cantidad. ¿De qué nos serviría ponernos a estudiar uno u otro de esos mundos? Tenemos cierto derecho a verlo como un trabajo ocioso, que no conduce a nada. En los viejos tiempos hubo quienes se dedicaron con seriedad a investigarlos, con la idea muy sensata de que siempre se podía aprender algo, y aplicarlo por interpolación a la solución de nuestros problemas. Pero fue un trabajo sin futuro (qué curioso, ahora que futuro es lo que nos sobra) desde que se hizo patente que en realidad ya no teníamos problemas.

III

Me pregunto si esas charlas con mis hijos, aun con su naturaleza de enfrentamiento, no serían nuestro modo de comunicarnos. Por mi parte, al menos, había un intento sincero de comprender y compartir. No era recíproco, es cierto, pero habría que ponerlo en la cuenta de la asimetría inescapable del diálogo entre generaciones. Después de todo era lógico que el esfuerzo quedara de mi lado, porque mis hijos aportaban la nota novedosa, en cierto modo la superación (pensara lo que pensara yo de ella) respecto de mis viejos hábitos e intereses.

Sus argumentos no eran complicados ni acumulaban razones; no creo que pudiera considerárselos una argumentación. Se limitaban a exponer el placer que obtenían del juego, y eso lo justificaba todo. La emoción de los ataques, de organizar las flotas de naves, de sentir que un mundo entero reunía todas sus fuerzas en un esfuerzo supremo por salvarse de la aniquilación... Y los grandes fuegos artificiales de la batalla decisiva, que solía terminar con la explosión del planeta mismo, con la voltereta de sus ejes y la fritura de sus atmósferas. La guerra era una emoción única, sus riquezas no se parecían a ninguna otra: en minutos se vivían años de emociones, de ansiedades y glorias; la atención y el ingenio eran exigidos al máximo. ¿En qué otra situación tendrían enfrente participantes que se estuvieran jugando no sólo la vida (en ese caso la ruleta rusa habría bastado) sino la de su especie y su mundo? ¿Dónde serían tan altas las apuestas?

De ahí no los sacaba. Y siempre tendrían una respuesta para mis objeciones. Una de ellas, central, tenía que ver con el fair play. ¿No estaban jugando con demasiada ventaja? ¿Lo que hacían no tenía acaso un sorprendente parecido con el genocidio?

Se negaban a reconocerlo. En la guerra todo estaba permitido, de modo que todo era juego limpio, hasta la treta más abyecta. El enemigo también lo tenía permitido todo. Esa confluencia de «todos», el todo de unos contra el todo de los otros, ponía a ambos contendientes en un contacto más íntimo del que podría haber logrado una relación pacífica, el «contacto de civilizaciones» liberal que favorecía mi formación anticuada.

Qué hipócrita soy. Justamente yo, pidiendo fair play, cuando lo detesto, me

deprime, desagota todo mi interés. Lo tengo por cosa de beatos, de impotentes, sobre todo de aburridos. Claro que no se lo diría a los chicos. No querría inculcarles mis posturas de anarquista asocial ligeramente sadista. Aunque es paradójico: querría y no querría. La paradoja se explica porque si no me gusta el fair play es porque presupone que hay un rival. Y yo no querría que hubiera rivales, querría que todas las habilidades físicas y mentales se manifestaran libremente sin que nadie las cuestionara o trabara.

La guerra era necesaria, la guerra total. Las apuestas eran demasiado altas, me repetían, como para andar ahorrando saberes o potencias. La suerte se decidía en instantes. Había que apelar a todo lo que ese planeta hubiera creado en el ciclo de su historia.

Era inevitable que en ese punto empezaran a dar ejemplos de experiencias que habían tenido en los últimos días; ejemplos que para mí no significaban nada (yo iba a la teoría general del asunto), mientras que para ellos lo eran todo. No sabían, ni habrían podido, generalizar. Los Sistemas Inteligentes pensando por ellos los habían llevado a lo particular concreto y los habían dejado ahí, por lo que la charla terminaba excluyéndome.

Otra objeción que yo podía presentar, relacionada con la anterior, era la del aspecto intelectual. Les decía que por mi parte admitiría la validez del juego como ocupación de la juventud si exigiera algo de la mente, si constituyera un ejercicio del pensamiento...

—¡Pero lo hace! —me decían—. ¡Hay que estar muy atentos, muy despiertos, el menor error puede llevar a la catástrofe! —Y de inmediato empezaban a dar ejemplos... Yo los interrumpía:

—¿De qué catástrofe me están hablando? Más que perder unos puntos no les puede pasar nada. —Esto lo decía con pleno conocimiento de causa, porque la compañía fabricante del juego les garantizaba a los padres la seguridad inviolable de los jugadores. —Además, los Sistemas Inteligentes lo hacen todo.

Lo negaban ruidosamente. Pero a medias, porque no podían negar que los Sistemas Inteligentes que usaba la RT hacían todo el trabajo que antes habría hecho un Estado Mayor Conjunto. Aun así, persistían en la convicción de que eran ellos los responsables de la planificación y la acción. Lo decían con la mayor sinceridad, porque al haber nacido y crecido rodeados de Sistemas Inteligentes, el pensamiento propio y el ajeno eran lo mismo para ellos. Hay que reconocer que usar esos sistemas no es tan fácil: yo los uso en un diez por ciento de su capacidad, y apenas si tengo vagos planes, que seguramente no

voy a cumplir, de avanzar un poco. Mis hijos los habían venido usando a pleno desde su primera infancia, con el resultado de que ya vivían permanentemente en el nivel más alto, donde la aguja de la perilla giratoria señalaba MAX (yo la tenía en MIN, ni siquiera me atrevía a girarla a MED por miedo de que me estallara la cabeza.)

Claro que todo sistema de inteligencia opera a partir de clasificaciones y conceptualizaciones, y si bien los distintos Sistemas Inteligentes con los que la humanidad viene ayudándose desde hace siglos son muy eficaces, al tratarse de mundos diferentes e imprevisibles se me hacía inevitable pensar que allí sus clasificaciones y conceptualizaciones debían de ser burdas, que debían de cortar a hachazos algunas homogeneidades extrañas, y agrupar al montón heterogeneidades sutiles. Mis hijos sacudían la cabeza con desdén, a mil leguas de mis escrúpulos. Las cosas funcionaban: ellos lo podían comprobar diez veces por día, y ése era el principio y el fin de su argumento. Cada palabra que yo podía decir quedaba automáticamente del lado de la teoría; y ellos se ocupaban de la práctica.

¿Para qué discutir? Cada cual va a quedarse con sus ideas, ahora y siempre. En todo caso puede haber una explicación. Y los chicos siempre terminaban explicándome algo. No importaba que yo arrancara en pie de igualdad, planteando una objeción o aversión: en algún punto me bajaban de mi pedestal de adulto y empezaban a contarme cómo pasaban realmente las cosas. Un ejemplo a propósito fue el siguiente: se me hacía sospechoso que en sus relatos siempre hubiera combates a nivel galáctico, con sofisticadas naves, rayos de energía, desplazamientos de realidad, reestructuraciones atómicas y todo lo demás. Si la elección de planetas por atacar se hacía al azar, sobre enormes masas espacio-temporales, ¿no debería haber entre esos planetas grandes diferencias de evolución tecnológica? ¿No deberían haber caído a veces sobre planetas que estuvieran en alguna era equivalente a la Edad de Piedra, sin más armas que el garrote y la lanza?

Ahí directamente se reían de mí. ¡Por supuesto que eso pasaba! ¡Todo el tiempo! ¡No pasaba otra cosa! Descubrían que la idea que yo me había hecho del juego era muy precaria, que en realidad era muy precario en general mi conocimiento del Universo; conmigo debían empezar desde cero, siempre debían empezar desde cero. Y sin embargo, me hacían notar, yo había dejado escapar sin querer la palabra clave: «equivalente». La lanza era un equivalente del rayo de protones y actuaba con la misma eficacia (de lo que podía dar testimonio, es decir, no podía, cualquiera que hubiera sido

atravesado por una o por otro). No lo eran en nuestro mundo, claro está, donde si se enfrentaban un hombre con lanza y uno con manga de rayos, el primero llevaría las de perder. Pero sí lo eran en mundos distintos, y de eso se trataba el juego, el Juego de los Mundos. (Las viejas ideas de evolución, incluida la evolución del armamento, se aplicaban a un solo mundo).

En fin, lo anterior basta para dar una idea de mi comunicación con los jóvenes jugadores. Una vez me quedé tan corto de argumentos que no tuve mejor idea que recurrir a uno hiperclásico y sobremanera primitivo:

—¿Les gustaría que les pase a ustedes (es decir, a todos nosotros)? ¿Que vengan unos mocosos desocupados y por pura diversión, por pasar el rato, destruyan nuestro viejo y querido mundo?

Mis hijos, rodeándome como una bandada de pájaros multicolores y dándome palmaditas en los hombros, decían:

—No te preocupes, papá. No podrían.

Se lo tomaban a broma, y en el fondo yo también. Ahí sí, en lo impensable, coincidíamos.

IV

Pero la verdad es que nunca quise imponer mis ideas a nadie: al contrario, siempre he cedido, me he acomodado; en el fondo, no le doy importancia. Lo considero un don, sin el cual habría sufrido. Pongo mis opiniones al nivel de las ajenas, y digan lo que digan, termino reconociendo que todas valen lo mismo. Jamás se me ocurriría emprender una campaña para imponer un punto de vista. La imaginación me ayuda; quizás la intolerancia no es más que falta de imaginación. Puedo verme a mí mismo haciendo las cosas que no hago, viviendo las vidas que no vivo, y a partir de ahí puedo entenderlo todo y perdonarlo todo. Con lo que quiero decir que podría perfectamente ponerme en el lugar de mis hijos (al fin de cuentas ellos eran tanto producto de mí como del medio o la época) y reconstruir en mis términos los placeres bárbaros del Juego de los Mundos. Para llevar adelante esta fantasía debía pasar por alto mi ignorancia en el manejo de los complicados sistemas sin los cuales no se podía jugar; lo que no era un trabajo fácil o marginal para mi imaginación: era un salto mortal, peligroso para mi estabilidad mental, pero valía la pena porque me permitía verme, a mí también, ¿por qué no?, embarcado en guerras grandiosas contra enemigos desconocidos o impensables. Yo aventurero, yo perdiendo el tiempo en rincones lejanos del Universo, haciendo frente a seres reales que se volvían tanto más reales, y me hacían más real a mí, por estar jugándose las últimas chances de su supervivencia... Jamás lo haría de verdad, pero lo aceptaba por un instante, como se aceptan los sueños diurnos. Aunque no tenían nada de diurnos, porque se desarrollaban sobre el fondo de la noche del éter más lejano. En ese telón negro aterciopelado estallaban las luminarias de los posibles. Quizás era lo que me había faltado: vivir. Experimentar en la realidad todo lo que mi elegancia moral me vedaba. Claro que, tal como estaba planteado, el Juego de los Mundos no era una experiencia que pudiera asimilarse de modo fecundo a la vida de una persona. Como todo juego, quedaba un tanto al margen de la biografía, por mucha pasión con que se lo practicara. Mi pequeña fiebre ante el temblor de los posibles era muy fugaz, y despertaba a la realidad de siempre, más confirmada todavía si cabe: yo era un tímido, un sedentario, un cerebral, responsable de ese nutrido plantel de Adolescentes Eternos. Y además, con los escrúpulos heredados de mi

formación anticuada, si yo me montara a un cohete para marchar a la boca de sombra de los mundos, sería para «hacer el amor, no la guerra». Y no tendría con quién hacerlo.

No era cuestión de ponerse sentimental o moralista, sino de ver claro. Para hacer otra cosa que la guerra se habría necesitado imaginación. Y la imaginación había muerto desde que los Sistemas Inteligentes se hicieron cargo de nuestros procesos mentales, descargando de los agobiados hombros de la humanidad el peso del pensamiento. Las cogitaciones que tanto dolor habían causado quedaron atrás, los campos y los montes se llenaron de novedad; la RT vino a completar la operación.

Quizás el juego al que se libraban los jóvenes era un modo de celebrar el deceso de la imaginación. Pero yo no participaba. Pese a mis mejores esfuerzos no podía festejar una destrucción. Para mí el Universo seguía siendo limitado, y toda destrucción era una pérdida.

Con el aumento general de las distancias, la brecha generacional había crecido hasta adquirir dimensiones infranqueables. Lejos de lamentarlo, yo lo tomaba como un bienvenido desafío a mi inteligencia. La comunicación con mis hijos dejaba de ser el banal intercambio de informaciones que es la comunicación entre contemporáneos; se volvía un juego de malentendidos barrocos que me mantenía despierto y alerta. Y no disminuía el afecto. Al contrario, al hacerlo difícil le daba más valor. Ellos me respetaban doblemente al verme hacer acrobacias dialécticas para ponerme a su nivel. Y ellos, aunque no hicieron el menor esfuerzo por descender a mi nivel (lo bien que hacían, porque esta asimetría era el núcleo activo de la evolución) a mí se me hacían preciosos como joyas vivas provenientes del futuro al que habíamos llegado.

—Mis bichitos de luz... —les decía cariñosamente.

Me rodeaban, yo me hacía la ilusión de que bebían mis palabras; en realidad estaban pensando en su próxima campaña de aniquilación, o recordando la última. Ya me había acostumbrado a hablar en el vacío. Sabía que habría una demora productiva. Ningún discurso se perdía del todo. Cuando ellos fueran padres estarían repitiendo mis palabras.

Una de las intrigas que les provocaba a mis hijos tenía que ver con el empleo del tiempo. ¿Qué hacía yo todo el día? Al llenar sus días con mundos, no concebían que se los pudiera llenar con menos. Tras atravesar tantas coordenadas temporales en el curso del juego, les resultaba inconcebible que hubiera un tiempo vacío. Por mi parte, trataba de hacerles entender que todos

los que realizaban un trabajo determinado podían pensar lo mismo, por un truco de la subjetividad. El empleo del tiempo de los otros siempre había sido un misterio.

Levantaba parcialmente el velo del misterio, para edificación de los chicos, explicándoles mi caso personal. Porque mi tiempo no estaba del todo vacío. Todos los días le dedicaba una media hora, a veces más, a la lectura.

Con esta última palabra, que no estaba en sus Catálogos Discursivos, la oscuridad se espesaba. Si hubiera querido explicarme según la teoría, me habría hecho un lío. Pero la leyenda venía en mi auxilio. En efecto, una añeja conseja decía que la Tierra, en unos de los momentos de su origen, estaba habitada por una raza que se llamaba Escritores de Ciencia Ficción. Estos hombres, de los que descendía la humanidad actual, habían dejado registrado en lenguaje todo el futuro de la civilización, y de todas las civilizaciones posibles, incluyendo cualquier hecho que pasara en ellas y los sueños que los acompañaban.

—¿También El Juego de los Mundos? —me preguntaban, de pronto interesados.

—¡Especialmente El Juego de los Mundos! Miren que se lo iban a perder, con lo emocionante que es y las posibilidades narrativas que ofrece.

No les decía, para no romper la ilusión, que según la leyenda estas proyecciones mediante lenguaje habían estado todas erradas, motivo por el cual la humanidad, descendiente de estos farsantes, quedó embebida de un indeleble sentimiento de culpa.

Pero volviendo a mi ocupación (parcial, ay, tan parcial) del tiempo: los registros de lenguaje de aquellos Escritores del pasado se conservaron, no por su valor, que era nulo, sino apenas por piadosa consideración al hecho de que, después de todo, eran nuestros antepasados biológicos. Esa conservación se hizo mucho tiempo atrás, de modo que los registros se almacenaron en unos Sistemas primitivos, pronto obsoletos y arrumbados, cuando no destruidos. Pero algunos amantes de las antiguallas los habían conservado. Yo tenía uno, y lo usaba. Con él practicaba mi media hora diaria de lectura. No sabía cuánto duraría, ya andaba mal, tenía que ponerle vaselina antes de usarlo, y si se atrancaba darle células. Pero mientras funcionara no tenía intenciones de prescindir de él: me daba la oportunidad, que no me daba nadie más, de ocupar aunque fuera un rato los días muertos.

Debo aclarar que los registros se almacenaron, por una cuestión de economía, no en lenguaje sino en imágenes. Pero respetando el lenguaje. No

con imágenes que representaran las palabras, lo que habría servido a duras penas para algunos sustantivos, sino a modo de jeroglífico o rebus, con lo que hasta la última letra quedaba representada; no lo hicieron operadores humanos sino Sistemas, que aunque primitivos ya estaban en condiciones de llevar a cabo una tarea así de sencilla. Un ejemplo básico, que invento sobre la marcha, dará una idea del mecanismo usado. Supongamos que un registro de lenguaje de los Escritores comenzara con las palabras «Un día, de madrugada...». Las imágenes correspondientes (las tres primeras nada más, no quiero exprimirme demasiado el cerebro por lo que no es más que un ejemplo) se producen recortando el sintagma de este modo: un/diadema/dr. Es decir, un dedo apuntando al cielo en el que transcurren unas nubecitas ociosas, una diadema resplandeciente de brillantes y zafiros, y una serpiente de Esculapio símbolo de la medicina. Cuando uno se conecta al sistema de lectura, las imágenes pasan muy rápido, una centésima de segundo cada una; la prisa se consideró necesaria si había que procesar los miles de millones de registros de lenguaje que habían dejado los Escritores, seres prolíficos por excelencia.

Mis hijos bostezaban con estas explicaciones. No podían creer que yo me contentara con tan poco, cuando la oferta del futuro en materia de entretenimiento era tan variada. Yo me defendía tibiamente:

—A mí me basta.

—Pobre...

—Es mi propio Juego de los Mundos —les decía, justificándolos a ellos en cierto modo.

Protestaban con celo de fanáticos:

—¡No hay comparación! Lo tuyo es pasivo, sin compromiso, sin emoción.

Quizás tenían razón, aunque no en lo último. Porque cuando me aislaba en mi estudio a leer, aunque tuviera conciencia de estar manipulando una materia muerta, sentía llegar hasta mí una especie de emoción, así fuera desvaída y lejana, ya vivida, usada.

V

Dejo actuar el misterio sobre mí, me baño en él como en una cascada de montaña. No sé cómo ocupan su tiempo los demás, pero nadie lo sabe. Es un saber antropológico que se ha perdido; para recuperarlo tendrían que cambiar las condiciones de vida de un modo hoy inimaginable. Por mi parte, siento que todo lo mío es excepcional. Pero no me hago ilusiones, todos deben sentir lo mismo. ¿Cuál es la norma? Le hemos perdido el rastro; es una de las cosas a las que hemos dejado de prestarle atención. No es tanto que ya no consideremos importante saber cómo emplea el tiempo de la jornada cada cuál, sino que se perdió el sentido de lo importante en general, y con él se disipó la brújula de las actividades. Ya no hay un canon de vida con el que juzgar, o inclusive con el que saber qué diablos estarán haciendo los demás con sus horas y sus días. Decir que «no hacen nada» no es una respuesta, aunque sea la verdad.

Si quisiera exponer un caso particular para explicarme mejor... Bueno, no sería un caso particular, porque dada nuestra dependencia de los Sistemas Inteligentes todo lo particular se ha vuelto general. Tomemos El Juego de los Mundos, alrededor del cual la generación joven organiza su empleo del tiempo. ¿Qué podría haber más «importante», según la vieja clasificación, que el descubrimiento y contacto con otras formas de vida inteligente? Pero eso es un aspecto apenas marginal del Juego, cuya función central es la de pasatiempo juvenil, y en todo caso adquisición de destrezas en el campo de la RT.

En fin. Quizás me pasa a mí nada más, y se debe a mis reconocidas dificultades para relacionarme. Mi mundo es mi familia, y en él estoy satisfecho con el papel del personaje que he construido, el del viejo gruñón nostálgico y reaccionario que se quedó en el tiempo, es decir: el que no entiende cómo emplean el tiempo sus contemporáneos.

Tampoco es que la intriga me desvele. Sólo pienso en el tema cuando mis reflexiones me llevan a él por algún vericuetto del pensamiento. A veces surgen indicios donde menos los espero, vistazos de la vida ajena que me llegan por casualidad. Nunca he sabido de nadie que lea, y de ahí viene que me pregunte qué hace la gente de mi generación con su tiempo libre. No tenía a

quién preguntarle, y no habría sabido cómo formular la pregunta. Por lo demás, parecía bastante absurdo que alguien me imitara. Yo leía por hábito, o por un rebote biológico de viejos hábitos que tenía la sensatez de reconocer que eran anacrónicos, que pertenecían a otra era. Hacía correr en los sistemas los registros de lenguaje de mis ancestros como un gesto sentimental, o caprichoso, o poético. Nada más que eso. Las masas de imágenes eran más o menos las mismas siempre; me habían hecho pensar que la combinatoria de imágenes era más pobre que la de palabras.

Por lo que sabía del pasado remoto, uno de los placeres anexos de la lectura consistía en comentar lo leído con otros lectores. Pero, como digo, era dudoso que alguien más que yo se entregara a esa actividad añeja; y si existían no podría encontrarlos. Un inconveniente de vivir en este futuro remoto, a pesar de las ventajas de los protones grandes y chicos, era que lo remoto lo contaminaba todo: el pasado, que se alejaba a cincuenta millones de veces la velocidad de la luz; la realidad, la cortesía, los distintos verosímiles de los episodios cotidianos. También el presente mismo era afectado, tomando un barniz de lo lejano, y propiciaba la creación de leyendas. El resultado era que vivíamos en una especie de cuento de hadas, y el gesto más nimio, el de alzar una manzana caída en la hierba, iba precedido de un «Había una vez...». En un espacio sin normas, circulaban las leyendas de la Muerte, del Amor, de la Poesía. La muerte de la idea de Dios implicó la muerte de la psicología, y de ahí el gran solipsismo. El mito del hombre como el único ser creativo, imprevisible, dueño de sus decisiones y rey de sus caprichos, cayó cuando se vio que los circuitos sistemáticos podían hacerlo igual. No es que lo humano hubiera perdido vigencia, todo lo contrario. Se había ampliado, y toda la ampliación cabía en un solo hombre, en el Yo general. Por lo demás, todo seguía igual.

Entre la gente que veía pasar por las corrientes de oxígeno debía de haber otros lectores, pero no tenía modo de identificarlos; poner el Sistema Inteligente que tengo en casa a buscarlos ni se me ocurría, en parte porque es un Sistema que hace de mala gana lo que le mando, en parte porque no es tan fácil (no es fácil para mí) anular un pedido, y éste era capaz de seguir buscando lectores por toda la eternidad. Hasta las mismas novias que a veces llevaba a las Playas Maravillosas podían ser lectoras; nunca le pregunté a ninguna. La lascivia me transportaba en esas ocasiones, y prefería comunicarme con ellas por medio de las notas musicales, las flores y los besos. Para decir la verdad, temía que tuvieran un manejo hábil del

Rectificador de Discurso (RD) y me humillaran. En todo lo intelectual soy muy machista.

Me resigné a no contar con una comunidad de lectores con la que compartir mis experiencias. Pero ésa, que por lo demás era hipotética y probablemente imaginaria, era sólo una de las comunidades modernas que me habían cerrado las puertas. Me quedaban pocas opciones para hacer sociedad. Por default, estaban mi Programador y mi Desprogramador. El problema con ellos era que los dos estaban en el centro, y con el tránsito infernal que había en esa dirección, me desalentaba, en parte por el tiempo que me insumía, aunque el tiempo era lo de menos, porque me sobraba; peor era el desgaste físico y mental. Debería haber ido más seguido, como lo hice en alguna época de más energía y conductos más fluidos, pero la pereza creciente, el contentamiento con lo mío, me hacían postergar las visitas. Cuando me decidía, veía a los dos, ya que estaba; pero no era tan fácil, tenía que ir al centro a ver a uno (generalmente empezaba por el Programador), volvía a casa, y después volvía al centro a ver al otro; no necesito decir que al final de una de esas triangulaciones terminaba hecho un guiñapo.

¿Y valía la pena? La personalidad de ambos dispositivos era parecida, como que venían de la misma matriz. El parecido hacía resaltar las diferencias. El Programador era snob, engreído, sabelotodo; no era culpa suya. Aunque me ponía los nervios de punta, debía reconocer que estaba en su naturaleza y no podía hacer nada para corregirse. Era fruto de un inimaginable futuro en el que los Sistemas, de tan eficientes, se volvían increíblemente hinchapelotas. El que tenía en casa era de lo peor, pero el contacto cotidiano me había terminado por habituar, y lo soportaba mejor que al Programador. Con éste, las visitas espaciadas parecían agudizar mis intolerancias. Se estaba autoprogramando todo el tiempo, y el resultado era una insufrible pedantería. El Desprogramador, por su parte, estaba siempre desprogramándose a sí mismo, lo que lo inducía a una falsa modestia a la que yo debía cerrar los ojos para no caer en convulsiones de impaciencia. Lo que compartían a pesar de (o gracias a) sus diferencias, era la ironía, que en uno se manifestaba como desparpajo, en el otro como cortesía china. La ironía era inherente a su función, que les exigía tomar distancia de los programas, no darlos por sentado, como hacíamos todos.

Habían coincidido en decirme que yo era especial. Lo habría tomado como un exabrupto más de los que me hacían tan penosas las entrevistas con ellos si no hubiera sido porque me lo dijeron los dos. En el futuro nadie era especial.

Que alguien me dijera algo tan intempestivo ya era asombroso; mucho más que lo dijeran dos que no tenían ni podían tener comunicación entre ellos. Además, siendo lo que eran, uno tenía que decirlo en un sentido, el otro en el sentido opuesto.

—¿Especial en qué?

—En el campo de los registros de lenguaje, en el protagonismo, en lo único...

Daban tantas razones que era como si no dieran ninguna. El estado de ansiedad inquietante en que me dejaban me hacía desear no volver a verlos nunca más, y al diablo con los Programas. ¿Acaso yo era más de lo que siempre había creído ser? A nadie le cuesta mucho creer eso. A mí sí. Me era difícil saber qué pensar. Ya no sabía siquiera qué había dentro de mí. La inmensa complejidad del futuro me abrumaba. Antes la vida era más simple. El gran avance científico que nos arrancó del pasado y del presente se desencadenó a partir del descubrimiento de que el planeta Tierra, en el que nuestra especie había vivido siempre, era mitad cóncavo y mitad convexo. Y que las dos mitades estaban superpuestas. La mente humana no pudo asimilar el concepto, era demasiado abstracto. Con el blanco de perplejidad que se le hizo en el centro del control de operaciones, la mente quedó expuesta, indefensa, y se le pudieron aplicar los Sistemas Inteligentes, que desde entonces se encargaron de las operaciones generales, y lo hicieron en sus términos, sin ponerse a considerar lo que podíamos entender los adultos provenientes de la etapa anterior.

Las versiones operativas son tan numerosas y sirven para tantas cosas distintas que alguien con capacidades tan limitadas como las mías se ve en problemas para usarlas. No es que yo sea obtuso, casi podría decir que soy brillante; el problema es que vengo de otra época. Pero ahí se da un quiproquo con el que chocan mis excusas. ¿Qué otra época? Los Sistemas Inteligentes existen hace milenios, y yo existo hace apenas poco más de medio siglo. Otra cosa que no entiendo. Una más, ya que estamos. Lo cierto es que de todo el arsenal de mandos que podría usar, apenas hice los módicos esfuerzos (¡y lo que me costó!) para aprender lo básico: los Hijos, las Playas Maravillosas, el Programador y el Desprogramador, poca cosa más. ¿Para qué romperme la cabeza, si con eso me alcanza?

VI

Si alguien dijo que los dispositivos de control de realidad le quitan emoción y poesía a la vida, está equivocado. No sólo no se la quitan sino que le agregan una buena cantidad; me di cuenta de ello la tarde que pasé con Mirta hace poco. Que yo no quisiera hablar con ella de los temas que ocupaban al individuo y a la sociedad no significaba que no habláramos; yo lo mantenía a nivel trivial, como para que ella no sintiera la necesidad de activar un Rectificador de Discurso y me humillara; pero en ese nivel, que comparado con el de mi pensamiento era pobre, Mirta se movía como pez en el agua; más aun, lo ponía como uno de mis puntos a favor. En respuesta a un comentario casual que hice, sobre la diferencia de edades (yo le llevaba treinta y ocho años) y la previsible deficiencia de mis prestaciones en el lecho respecto de su novio joven, lo negó, con la benevolencia que le conocía, aunque sin negarlo del todo: con su novio podía tener todo el sexo que quería, y más, pero no podía hablar, como podía conmigo. Al parecer el novio se dormía de inmediato, o sea que era una partida que se perdía siempre: para que el sexo fuera tan bueno había que gastar mucha energía y el gasto inducía al sueño dejándola sola. Me extrañó un poco ese elogio de mi conversación: nunca hablábamos más allá de trivialidades del momento; pero evidentemente la calidad de la conversación, al menos para ella, no dependía de los contenidos sino sólo de la presencia sonora.

—¿Mirta va con hache? —le pregunté.

No me lo quiso decir. El gusto por el misterio es un componente del encanto de la mujer, y se hace conmovedor cuando no encuentra para desplegar sus alas oscuras nada más misterioso que una letra, muda por añadidura.

Pero un misterio más grande nos rodeaba: el mar, el cielo, la hora... No habría podido decir en qué consistía, dónde se localizaba exactamente eso que se me escapaba, que no sabía qué era y derrotaba mi pensamiento. Me acercaba a él con el sentimiento de lo imposible. Sabía que era posible, había tenido que serlo para que estuviera sucediendo, pero aun así persistía la duda de que estuviera sucediendo de verdad. Las manipulaciones con la realidad a la que se ha venido entregando el hombre estos últimos milenios han

deteriorado algunas certezas en los que venimos de otra época.

El cuerpo blanquísimo de Mirta, en su bañador celeste, tendida en la arena a mi lado, parecía haber sido puesto allí por una buena suerte inmerecida. Pero lo mismo podía haberse dicho del mar y el cielo. A la derecha la franja de playa se extendía hasta el horizonte, haciendo una suave curva. A la izquierda una roca parda alzaba su comba hasta lo alto; unos chicos, que parecían diminutos como insectos, la trepaban. Estábamos casi solos en esas inmensidades marinas; muy lejos se veían unos pocos bañistas; además de un grito o una risa de los niños en la roca, que nos llegaban reducidos a una nota aguda perdida, sólo se oía el chillido de las gaviotas, y la respiración del mar. Me extrañaba que hubiera tan poca gente gozando de ese paraíso.

—Porque es día laborable. Los fines de semana está lleno.

Me dijo además que había sectores, producto de la costumbre de los habitués: uno para familias con niños, otro para jóvenes, otro para deportistas.

Que ella supiera esas cosas me provocaba una rara nostalgia, un extrañamiento, como si estuviera de visita en un país extranjero y debieran explicarme los usos y costumbres. De ahí venía la sensación a la que me refiero: de pensar que debía volver a mi país, que la plenitud sexual que sentía a su lado se terminaría; todo eso en un plano de sueño diurno, por supuesto, ya que los países habían dejado de existir, junto con la música. Pero bastaba con el pensamiento para sentirla lejana. En Mirta había una perenne melancolía, no justificada por las circunstancias de su vida: era bella, se desenvolvía como una reina en sociedad, su familia rica la mantenía. Pero una insatisfacción corría por debajo de todas estas ventajas, quizás la culpa de no haber sacado un provecho concreto de ellas.

Por mi parte, el regalo que me hacía de su cuerpo joven me colmaba de un modo excesivo; quiero decir, el contento que sentía desbordaba por el lado de la incredulidad de que a mí, justamente a mí, me estuviera pasando algo tan bueno. Lo precioso del momento llegaba a dolerme. El plano del mar, repetido e incesante, el cielo immaculado, todo estaría allí cuando yo no estuviera.

Se entregaba a mis abrazos apasionados, su figura soñada adquiría volumen, la tibieza fría del cuerpo de la mujer en los climas tropicales. Me dejaba hacer lo que quisiera con ella, así se hacía dueña de mis deseos. Lo que yo sentía era que el instante nos contenía a los dos, en el Polo de la presencia. Por su puntualidad, estaba amenazado, bastaba que se desplazara el ancho de uno de esos granos de arena que caían entre los dedos de Mirta para que todo terminara.

Aspiré a fondo mi condición sexual. Debía correr a toda velocidad para seguir dentro de mi buena suerte; pero una pereza voluptuosa me ataba a la arena, a la sombrilla, a los flancos dorados de Mirta. En ella, la nostalgia de su nacimiento bajo los cielos más bellos del mundo le daba a sus ojos del color de la miel el aire de la misma lejanía en la que yo estiraba los brazos, la llamaba. Ya dije que en aquel futuro, por ser tan remoto, la lejanía lo había invadido todo, alejando las cosas y los seres a inalcanzables distancias. El uso de la Proxidina para acercar se hizo engorroso primero, peligroso después; ya se sabe que el efecto de una droga se va mellando a medida que el organismo se habitúa a ella, y se necesitan dosis cada vez mayores, lo que provoca efectos colaterales incómodos o dañinos; en el caso de la Proxidina, la ingesta masiva provocaba una idiotez notoria. Los placebos hicieron lo suyo durante un tiempo, hasta que algún periodista tuvo la mala idea de publicar sus sospechas de que se trataba de placebos, con lo que éstos perdieron eficacia. El avance de las químicas médicas hizo que un laboratorio lograra sintetizar la Proxidina Forte, pero era tan cara que sólo los ricos podían comprarla, y las obras sociales, aunque por ley estaban obligadas a suministrarla, se resistían y ponían tantos requisitos que la gente se cansaba y renunciaba a obtenerla. Las distancias empezaron a crecer de forma alarmante. La solución que se pregonó entonces, supuestamente al alcance de todos, fue un recurso viejo y desprestigiado: el Amor. Hubo una reacción instintiva ante la cursilería anexa. Pero las mujeres lo aceptaron; en ellas lo cursi se volvía poético. Y el último resto de elegancia que le quedaba a la poesía era la melancolía.

Pegada a la luz, Mirta se desprendía del plano y le entregaba a mi abrazo sus volúmenes encantados. Yo trataba de no preguntarme qué veía en mí. Lo único que tenía para entregarle era mi época, mi anacronismo, mis insuficiencias mentales. Pero las Playas Maravillosas no eran puro hedonismo: tenían una dimensión educativa. Claro que en ese futuro tan lejano, con todas las historias y saberes que se habían ido acumulando, la educación podía tardar una eternidad en completarse.

A modo de crítica severa de nuestros arrumacos, el gaviotón macho hizo sonar el trombón, y las gaviotinas con el flautín asustado se dispersaron de prisa.

Me hundía en el instante para saborear su perfección. Era lo más cercano a mí, el máximo de contigüidad que se podía alcanzar conmigo mismo. Y a la vez era la mayor distancia, lo remoto que se había apoderado de nuestras vidas y que yo por primera vez podía sentir de tan cerca. Para hacerme

entender: a lo que más se parecía era a esa evocación intensa que produce un olor, cuando nos hace revivir de golpe un pasado completo. Pero me negaba a reconocer la calidad de presente del momento, por miedo a que se evaporara. O por protegerme del dolor de su desaparición.

—Qué bien operás el programa de las Playas Maravillosas —fue el otro elogio que me hizo. ¡Si ella supiera! Cada vez que metía las manos en las emociones que activaban esos programas era la primera vez, reiniciaba el discurso mortecino de la prueba-y-error, dejaba que el azar me guiara, y si lo lograba era por casualidad. Pero la dejé creerlo. Y apoyándome en sus palabras, le pregunté si volveríamos a vernos.

—Sólo si venís con el anillo y la libreta de matrimonio.

Típica respuesta de ella, de su combinatoria absurda de improvidencia (era como los lirios del campo) y pretensiones prácticas fuera de lugar. Pero tomándola en serio por un momento, ¿habría valido la pena? ¿Dejarlo todo por ella? Era imposible. Me debía a mis hijos. Además, no lo decía de verdad, era una de sus bravatas de insegura crónica. Lo dejé pasar. Todo se me hacía tan lejano que no podía tomar nada en serio, a la vez que sentía agudamente el valor incalculable de estar allí con ella, oyendo la respiración del mar. No es contradictorio. No se puede tomar seriamente algo demasiado bueno, hay que verlo con cierto distanciamiento escéptico. Era tan bueno porque no se podría repetir, ya era una repetición. Y desconfiaba de mi capacidad de volver a hacer correr con éxito el programa de las PM, ya no me acordaba de cómo lo había conseguido esta vez.

Que no estuviera el Sol en el cielo brillantemente iluminado contribuía a la sensación de sueño. Pero era un sueño hecho realidad. Nuestros labios se unirían en un beso, un beso eterno como el mundo.

Llegado a este punto veo que sin proponérmelo, y aunque empecé con una intención completamente diferente, he terminado haciendo un cuadro más o menos completo de mi vida: mis hijos, mis lecturas, mi empleo del tiempo, mis amores. Lo que falta saldrá del relato de lo que me pasó ayer.

VII

Para decirlo todo en un párrafo: cuando una persona se nos presenta en el mundo, en un mundo cualquiera, es un hecho instantáneo, accidental, y equivalente a otros hechos. Pero desde otro punto de vista, considerada como una vida histórica, esa persona es cualquier cosa menos instantánea y accidental: es una construcción a largo plazo que puede ocupar una conciencia durante todo el lapso de la propia vida.

Pero la más paciente de las construcciones sigue edificada con la más frágil de las materias: el tiempo. Y basta un roce de eternidad para que se venga abajo. La vida familiar está hecha de pequeños rituales, inexplicables y en el fondo secretos, porque costaría demasiado hacer su historia, habría que remontarse demasiado lejos para llegar a su anécdota de origen, por lo demás insignificante. Son una forma presente de la nostalgia; ya mientras suceden, uno se dice «esto no puede durar, es demasiado precario».

Ayer, entonces... Por supuesto, en aquella época del futuro, un día como ayer no era solamente un día relativo a otros días, sino el conjunto coherente de consecuencias de todo lo que he venido diciendo. Sale entero de la lógica de la realidad que lo ha engendrado, sin restos ni confusión. En ese sentido, es inútil decir «ayer», porque siempre es ayer, o mejor dicho, hoy.

Pues bien, ayer estaba charlando con mis hijos, que venían de una sesión especialmente satisfactoria del juego, y me la contaban con pelos y señales, cosa que en los últimos tiempos hacen muy rara vez. Son susceptibles, como lo somos todos, a la falta de interés de su interlocutor, y no les gusta hablar en el vacío. Se han dado cuenta de que mi interés en el tema es nulo: lo he agotado escuchándolos, precisamente, y nunca tuve mucho que gastar. Como además les hemos dado vuelta a todos los argumentos en pro y en contra de su actividad favorita, queda poco que decir. Sin embargo, ayer estaban olvidados, se dejaban llevar por el entusiasmo y hablaban hasta por los codos. Por mi parte, yo hacía un despliegue de interés muy convincente, tanto que no habría podido jurar que era simulado. La excitación que mostraban, el brillo de los ojos, como cien farolitos frente a mí, las voces graves que tienen y siempre tuvieron me devolvían la imagen de la alegre pandilla a los tres años, cuando los transportaba la alegría de descubrir el mundo, lindos como flores

en un jardín. Adolescentes, conservaban mucho de niño, y ya se sabe que para un padre los hijos siempre siguen teniendo tres años. De pronto, me sentía optimista. ¡Mis hijos tenían tanto por vivir, por aprender! En ellos nada era definitivo, y el gran artista en cuyas manos estaban, el Tiempo, sabría moldearlos mucho mejor de lo que podrían hacer mis consejos. Estos sentimientos benévolos eran un ersatz conveniente del interés, y al rebotar en ellos, de cabecita en cabecita rizada, lo hacían brillar más todavía; debo decir que sus palabras me atraparon. Insensiblemente empecé a prestar atención a la historia.

Esta vez habían caído sobre un planeta diminuto, un glóbulo de sustancias líquidas, nácar y formaciones de revestimiento, irisado y cruzado por distintas velocidades temporales fruto de una ciencia desconocida. Lo habitaban seres ingravidos montados en esas velocidades, que parecían tener algo de éxtasis, algo de sonambulismo. Los sistemas que llevaban a los atacantes tuvieron que hacer correcciones e hipótesis de emergencia para asimilar elementos nunca tratados antes. Las corrientes de velocidad se sucedían a intervalos irregulares, los seres hacían filas en lugares determinados esperándolas, flotando con impaciencia, quejándose con pensamientos por las demoras, y cuando llegaba una se subían con un apuro que nada justificaba. Era el único rasgo de carácter que mostraban, por lo demás la liviandad que les comunicaba su pequeño planeta de gravedad 0,1 se les había extendido a sus cerebros del tamaño de una punta de alfiler, y no les importaba nada. Todo su aparataje era orgánico; no tenían objetos. Los tesoros útiles e inútiles acumulados en eones de evolución lo cargaban en sus cuerpos traslúcidos de ala de mariposa.

El informe que les dieron los sistemas les hizo creer que serían pan comido. Ya estaban pensando en liquidarlos de un par de hondazos y buscar otro mundo que representara un desafío más interesante. Pero las primeras descargas no les hicieron nada, las segundas tampoco. Ni con isótopos. ¿Qué pasaba? Los sistemas se recalentaron por sobrecarga de ecuaciones, tuvieron que ponerles paños fríos. Las descargas llevaban consigo el passe-partout letal, o sea que no era cuestión de probar con otra cosa, como cuando a uno le duele el hombro y prueba primero con calor, después con frío, a ver si se alivia. Simplemente no se morían, seguían haciendo fila, subiendo a las corrientes de velocidad, bajando más allá, o dando toda la vuelta a su astro de juguete, con celestial indiferencia.

Al fin, exigidos al máximo, los sistemas dieron con el problema, aunque no

con la solución. Esos seres, vivientes a su manera, habían incorporado la muerte como un órgano más de supervivencia, de modo que matarlos era como darles un helado de vainilla: lo asimilaban como un hecho más.

Los jóvenes visitantes quedaron en una impasse. Retirarse no era una opción; habrían perdido puntos en el Juego, y no estaban dispuestos a sobrellevar el bochorno de una derrota. Y seguir ahí sin hacer nada podía ser peligroso. Además de que se les agotarían las baterías corrían el riesgo de que las placas de presencia, transparentes, intraatómicas y ondulantes, se adelgazaran hasta desvanecerse. Para seguir en el campo de batalla, tuvieron que someterse a generadores de RT dentro de la RT, es decir operar en realidad de segundo grado, y de tercero, cuarto... hasta quince.

Mi interés se sostenía, como dije, en la admiración y el orgullo de padre, pero no sólo por el despliegue infantil, que siempre me conmueve, sino por la calidad de prestación de los chicos, porque estaban haciendo el relato con un manejo tan hábil del Rectificador de Discurso (RD) que apenas si se notaba que lo estaban usando. Mirándolos fijo como los miraba yo (a todos al mismo tiempo), aparecían unos parches casi imperceptibles entre frase y frase, a veces entre las cláusulas de una frase. Manejados en ese nivel de virtuosismo, los sistemas de RD permitían volver atrás, corregir el relato, ordenarlo, pulirlo, hasta lograr un máximo de eficacia mediante un montaje de sus partes más logradas. Es cierto que la selección y ordenación la hacían los sistemas inteligentes automáticos, pero de todos modos utilizarlos bien era una hazaña más allá de mis posibilidades, y me dejaba bastante boquiabierto. Además, ese parpadeo casi subliminal del montaje tenía sobre mí el efecto de renovar su presencia a cada momento y potenciar mis sentimientos paternos casi extáticos.

«Retroceder nunca, rendirse jamás». Y menos frente a esos volantines que parecían estar burlándose de ellos con sus revoloteos de insectos sobredimensionados. Los sistemas agotaron sus recursos en vano. A ellos se les había hecho un lío con las lógicas cruzadas de Vida y Muerte. Pero insistieron hasta dar con la solución, simple porque no había más que dos incógnitas a barajar, pero difícil justamente porque no había más que dos. La idea salvadora fue invertir la carga de los sistemas, y hacer que en lugar de Muerte sintetizaran Vida, sin variar la modalidad Ataque. Nunca lo habían hecho, pero dio resultado. Cubrieron el planeta con una onda rosa de Pura Vida, más agresiva que los leones y los tigres, y a los seres del planeta les provocaron un cortocircuito fatal. Se disiparon, como si nunca hubieran

existido.

No sólo había sido una bonita aventura, me decían, exultantes, sino que también proporcionaba una prueba adicional contra una objeción que yo solía manifestar, a saber que los Sistemas Inteligentes «lo hacían todo». Ahora quedaba demostrado que la intervención de los jugadores era importante, y hasta fundamental. Si a ellos no se les hubiera ocurrido la idea, todavía seguirían dando vueltas alrededor de ese planetita de mierda...

Los apunté con un dedo:

—Y ahora ese «planetita» que hace un rato estaba habitado por una maravillosa civilización de elfos voladores está vacío y muerto como una piedra.

—No tenés derecho a decir eso —me respondieron—. De la existencia de esa «maravillosa civilización» no te habrías enterado nunca si no te la contábamos.

—No sé de qué sirve haberme enterado, ahora que no existe más.

—Si antes no te enteraste fue porque no quisiste, porque jamás habrías movido un dedo para ir a averiguar. Deberías estar agradecido a los jugadores, que ampliamos un poco tu horizonte.

Yo sacudía la cabeza con hipócrita desconsuelo:

—Hoy el Universo se ha empobrecido un poco más.

—¡Al contrario! ¡Hoy el Universo se ha enriquecido! Los sistemas incorporaron una nueva forma de vida, que ha quedado registrada hasta el último detalle de su evolución...

—Ya sé, ya sé. ¿Pero era necesario aniquilarla? ¿No la podrían haber registrado sin destruirla?

—No. Ya te lo hemos explicado mil veces: sólo yendo al extremo de la supervivencia, y fracasando (es decir yendo un paso más allá) se revelan los mecanismos básicos.

—Ya sé... —repetí. Era inútil seguir, porque se trataba de los mismos viejos argumentos que habíamos intercambiado muchas veces. Además, no quería estropearles la alegría, que después de todo yo mismo consideraba bastante justificada. Quizás ellos tenían razón: nunca descarto la posibilidad de estar equivocado. Si seguía sosteniendo mi punto de vista era por la ilusoria elegancia con que sentía que me adornaba, su extravagancia intempestiva, su anticuada originalidad. En suma, por motivos puramente estéticos, por la coherencia teatral de mi personaje, no porque quisiera hacer prevalecer una verdad.

Y aunque lo hubiera querido, no habría podido hacer prevalecer nada, porque ellos ganaban todas las discusiones. El manejo que tenían del RD era demasiado hábil para dejarse arrinconar aun por los mejores argumentos, y los míos estaban lejos de ser buenos. Si ellos podían usar el RD para emitir un buen relato, tanto más fácil les resultaba usarlo en las discusiones, que ya de por sí parecen incorporar sus procedimientos de vuelta atrás, corrección, y montaje. A veces me he preguntado, admirándolos, si la RT en general (de la que los Rectificadores de Discurso son un subsistema) no habrá salido de ahí, de ese anhelo perenne de la humanidad de imponerse al prójimo. Es como si la fantasía de poder ganar toda discusión usando las mejores razones en el momento adecuado, y revestidas de su formulación más eficaz, hubiera sido el modelo sobre el que se inventaron todas las programaciones de realidad de nuestros sistemas. Usarlos para la guerra y las aventuras vino después, lo que demostraría que antes que las guerras y las aventuras siempre están las guerras del pensamiento y las aventuras de lo cotidiano. O bien demostraría que junto con la ampliación de nuestros horizontes hasta los más lejanos ámbitos del Universo hubo una restricción del modelo de acción a lo doméstico, como traducir a lenguaje cósmico una discusión familiar. Esta ampliación (ilusoria, si tengo razón) fue una compensación para la pérdida de espontaneidad, que tan importante fue antaño.

VIII

Me quedé pensando: señal inconfundible de que no usaba el Rectificador de Discurso desde mi lado de las conversaciones: me quedaban restos no dichos, que debía rumiar en soledad. Habría querido decirles a los chicos que una posibilidad más interesante, que quizás podrían implementar en el Juego, era forzar una rendición del mundo atacado, después de hacerle sufrir una destrucción seria de su infraestructura y una baja importante en su población. Y dejarlo así un tiempo (unos milenios de paralaje cósmico, que podían equivaler a una semana o dos de las nuestras) para que se reconstruyera. Ahí podían volver y atacar de nuevo. El mundo en cuestión, con la experiencia adquirida y los perfeccionamientos de la reconstrucción, presentaría resistencias y blindajes más atractivos. Sería como crearse un Nivel 2 en el Juego.

Si se me ocurría a mí, debía ser de una obviedad aplastante. Entonces, ¿por qué no se le había ocurrido a alguien antes? ¿Por qué se empeñaban en una aniquilación total que mantenía a los jugadores en un perenne Nivel 1? La respuesta parecía estar en que esa sed de Todo o Nada era la premisa y el fin del juego. Y mi condición de portador de esta idea derivaba no de la calidad de la idea sino de que fuera yo el que la había tenido. Mi vida sumisa y flotante no formaba una totalidad, le colgaban toda clase de retazos de incertidumbre e improvisación en estado bruto. Los jóvenes se sacaban totalidades de los bolsillos como caramelos de menta, y las tiraban entre los astros.

De ahí me vino otro pensamiento, que creí inoportuno y quise sacármelo de encima. No pude, así que le di forma, y cuando lo vi frente a mí, en la programación que le correspondía a esa hora, empecé a sentir una alarma oscura, que me venía de lo ancestral. El pensamiento decía que no era verosímil que sólo hubiera un atacante, un Activo, en todo el Universo, y que ese Activo fuera un Adolescente.

Yo siempre he tenido pensamientos sueltos. Estoy acostumbrado a que queden sin reunión, como banderines de colores colgados de un cordel. Siempre me las arreglé con ellos. De modo que cuando estos conceptos de totalidades que me asaltaban a posteriori de la conversación con mis hijos

empezaron a cristalizar en una sola idea abarcadora me asusté. ¿Me estaría volviendo loco? ¿Un gran castillo de piedra se impondría en mi cabeza, desalojando a los banderines de colores?

El miedo me transfiguró. Pero también me dio lucidez. Comprendí mi alarma. Lo que había sucedido en mi cerebro era la aparición fulminante de la idea de las ideas: la idea de Dios, obturada por la humanidad desde hacía miles de siglos. Tuve la fuerza providencial de poder actuar de inmediato, y la expulsé como una flatulencia.

Qué experiencia horrible. Quedé trémulo y sudoroso. Me senté en un taburete y respiré acompasadamente. Los patos parpaban en los jardines. Rayos blandos de luz se deslizaban por el techo. Quise ver lo que estaba pensando y consulté mi anillo de Giges. En aquel entonces teníamos ese dispositivo para configurar en imágenes los voltajes del córtex; era un anillo con sello liso de ónix. Vi en el óvalo negro un helecho, una liebre, dos cuadrados superpuestos y un peine. Con eso me bastó para saber que no había nada raro.

No me quedaba del todo claro cómo me había venido la idea de Dios a partir de los razonamientos previos. Misterios de la asociación. Pero recordé que había pensado en un Universo en el que todo estaba a disposición de un Adolescente, un Universo pasivo. Y había pensado que la voluntad de vivir de los mundos innumerables sólo alcanzaba para dar un rato de diversión en un frívolo pasatiempo. Eso parece ficción, un dispositivo creado por una inteligencia superior...

Al hilo de estas ideas, mi alivio de haberme librado de la trampa del castillo de piedra empezó a tomar otra forma. La alarma volvió, esta vez para quedarse. Vi el asunto más claro que antes. Lo que estaba haciendo El Juego de los Mundos sobre la mente de los jóvenes era preparar el terreno para la reintroducción de la idea de Dios. Los familiarizaba con el concepto de la omnipotencia. A partir de ahí, podía volver. No es que estuviera poniéndome paranoico (en aquel estadio del futuro ya no había motivos para serlo), pero mis entrañas de liberal recalcitrante se retorcieron de disgusto ante la mera posibilidad.

Y la posibilidad existía. Que se me hubiera ocurrido era la prueba más fehaciente. Y de pronto ella me permitía ver claro en lo que venía considerando la más inconsecuente de las maneras de ocupar el tiempo. Ahora podía ver cada una de esas «partidas», cada una de esas guerras de exterminio, como casos particulares que preparaban la confluencia en ese

concepto abarcador. El Juego de los Mundos no era una moda más: eso siempre lo había sospechado en el fondo, y ahora sentía todo el peso de unas palabras con las que mis hijos me habían respondido, justamente cuando yo les sugería que era una moda, tan fugaz como todas, y que no tardaría en ser reemplazada por otra: «Esto es lo definitivo, para un jugador ya no puede haber nada más». Era cierto, a su modo. Jugaban con totalidades parciales, y más allá sólo estaba la ruleta rusa... o Dios. Una vez que se había hecho de un mundo un caso individual sujeto a una tirada de dados de los Sistemas Inteligentes, era fácil tomar por el camino de la teología. Las mentes ya estaban preparadas, y quizás mi alarma estaba sonando tarde.

No me sorprendía que fuera el único en percibirlo, ni pensé por un instante que eso pudiera ser una señal de que me equivocaba. No soy de los que piensan «si fuera cierto, a otro se le habría ocurrido antes». Al contrario. Mi carácter dócil y tolerante es el reverso necesario de una formidable megalomanía. No sé si no habré pasado la vida creyéndome Dios, y si en la escandalizada repulsión en que me había sumido mi descubrimiento no habría una medida de celos y temor de que me apareciera una competencia.

Pero antes que eso estaba el justificado temor por el mundo, por mi mundo. Y que mi viejo y querido mundo volviera a estar regido por la putrefacta idea de Dios, que tanto nos costó borrar, se me hacía insoportable. Era como perder un tesoro, pero más grave, porque era el tesoro de los pobres: todo lo que teníamos. Si yo renunciaba de buena gana a seguir discutiendo con los jóvenes era porque me quedaba el consuelo de saber que conservaba mi mundo, y que hicieran lo que hicieran no podrían quitármelo. Cediendo, confirmaba mi posesión. Pero si volvía Dios... Él sí podía despojarme, a mí y a todos... Incluidos mis hijos... Que mis hijos queridos fueran instrumentos inocentes de un horror tan completo, era más de lo que podía soportar.

IX

Sentí la urgencia de entrar en acción, yo que nunca la siento. Esta vez no se trataba simplemente de lamentar otro rasgo deplorable de este futuro que me había tocado vivir. Se precipitaba sobre mí un presente casi angustiante, que dependía de mí, de mí solo. Era como si de la eficacia de mi acción inmediata dependiera que yo pudiera seguir siendo yo. Todo se había vuelto presente, ese tiempo verbal desacostumbrado para mis contemporáneos.

Quise por lo menos compartir mis zozobras con alguien, para aliviar un poco la presión. ¿Y a quién recurrir sino a un Sistema Inteligente? ¿Quién estaba más cerca? ¿Quién me conocía mejor? Estaba seguro de que se iba a reír de mí, o en todo caso iba a ver en mis temores una nueva jugarreta de reaccionario. Pero también era cierto que lo tomaría por sorpresa y que pondría a prueba sus circuitos de bienpensante modernista. Casi sonreí al imaginarme su apuro.

Salí a buscarlo por la casa. En mi condición de padre y madre de mi legión de hijos había comprado en cuotas un Sistema Inteligente grande, porque con uno chico no me iba a alcanzar. Por suerte, cuanto más grandes eran menos espacio ocupaban, lo que me daba ciertas perspectivas de desplazamiento; la contracara de esta ventaja era que si estaba en modo Punto, encontrarlo se hacía difícil. Esta vez me ayudó la voz. Estaba gritándole a la portera Benita por la limpieza de los caños. Su proximidad hedía a oxígeno. Le dí un cabezazo:

—¿Estás ahí?

—¡No me interrumpas! ¿No ves que estoy hablando con Benita?

—Tengo que decirte algo importante. Estoy muy preocupado. Creo que El Juego de los Mundos está condicionando la mente de los jóvenes para la reintroducción de la idea de Dios.

—¿Adónde?

—Aquí. En el mundo.

Se demudó. Los circuitos se le paralizaron. El oxígeno se metalizaba en sus pequeñas cámaras de pensamiento. Quise tocarle algún botoncito a ver si acertaba con el que le mejoraba los modales, pero estaban cubiertos de bacterias de azufre y no quise ensuciarle los dedos.

Tal como había supuesto, lo ponía en un aprieto. Por principio, un Sistema Inteligente nunca está dispuesto a darle la razón en nada a su propietario. Pero en este caso, por una vez, no podía descartar mis palabras con el desdeñoso gesto autoritario de siempre (sus luces violetas, sus airecillos con átomos de cartón). Un Sistema Inteligente se hacía un punto de honor de ser más liberal que su comprador, de estar más a la izquierda, de saber más de la sociedad, entender mejor su funcionamiento, ver más lejos, más amplio, ser más tolerante a la vez que exhibir principios más firmes. Y de pronto yo venía a sorprenderlo con un salto dialéctico que desconcertaba sus previsiones. Claro que yo lo lograba recurriendo a la idea deplorable de Dios, lo que casi equivalía a hacer trampa.

Quiso ganar tiempo. Le adiviné la intención. Se deslizó por las avenidas de oxígeno dentro del departamento. Quise interceptarlo peinando un muñeco; era un método que usábamos en aquel entonces: provocar un efecto mediante una causa heterogénea cualquiera, en base al principio de que todo está relacionado con todo; pero no resultó, así que lo seguí.

Al cabo de muchas vueltas vertiginosas terminamos en la sala, el Sistema Inteligente colorado de rabia, yo bastante tranquilo, aunque anticipando sus recriminaciones. Con estos aparatos de tecnología humanista uno ya sabe a qué atenerse: a lo peor.

—¿Qué nueva idea ridícula se te ha metido en la cabeza? —empezó—. ¿Qué nuevo argumento se te ocurrió para desprestigiar una sana diversión de los chicos, perfectamente inofensiva?

—Esta vez no es contra ellos, y usted mismo, que tanto tuvo que ver con la concepción de las horas de juego, tendrá que reconocerlo. Casi diría que es a favor de ellos. A nadie se le debe de haber ocurrido hasta ahora, pero ese juego, que sus víctimas no deben de encontrar tan inofensivo como lo encuentra usted, es perfecto para prepararles en la mente un nicho a la peligrosísima idea de Dios.

—No veo por qué.

—Bueno, lo lamento mucho pero yo sí lo veo. Qué raro que un sistema que está conectado con mi sistema nervioso genere sus puntos ciegos en los precisos sitios donde se encuentra mi interés. Pero eso dicho entre paréntesis. Vuelvo al tema: los mundos son totalidades parciales, y el único árbitro de ellas es Dios. Está implícito en las premisas mismas del juego, y ahora me explico por qué nunca me gustó. —Me tomé la cabeza con las manos. No me cuidaba en los gestos, después de todo estaba solo. Los chicos estaban en RT,

y un Sistema Inteligente, por capacitado que esté, no es compañía. Me sentía indolente, pero con ganas de seguir hablando conmigo mismo. Empezaba a ver claro en la cuestión, y cada vez me gustaba menos—. ¿Pero será posible? ¿Tan autodestructivos somos? Creíamos haber dejado atrás la pesadilla, y se estaba reconstruyendo bajo nuestras narices.

—Estás exagerando —me interrumpió—. No es para tanto. Al fin de cuentas, los que se dedican a ese juego no son tantos. No son todos.

—¿Y eso qué tiene que ver, insensato? Aunque fuera uno solo, que no lo es, ya bastaría para que la idea vuelva a implantarse. ¡Y ahí sí que estamos fritos! ¡Fritos!

—No creo. La sociedad tiene mecanismos reguladores, de los que yo soy uno.

—¡Qué va a tener! ¡No los tiene! Usted es la prueba, al cerrar los ojos a la amenaza. Estamos indefensos. ¡Dios va a volver! ¡Se va a colar por algún agujero! Y entonces, aunque no cambie nada, habrá cambiado todo. Será el fin de una etapa de la civilización, la única etapa feliz...

—¡Basta! —gritó lanzando cales de sulfuro y elevándose hasta el techo—. No te aguanto más. Ésta es otra de tus fantasías, una prueba extra de lo alejado que estás de la realidad. Yo no tengo tu cultura, tus «lecturas», tus centellas sofisticadas, pero por lo menos sé lo que pasa a mi alrededor, porque lo estoy organizando a fuerza de trigonometrías y cálculos de isocronía, que para eso me fabricaron. Si no intercambio ideas con mentes brillantes es porque no me da el tiempo, me recaliento trabajando para mantener la casa en orden.

—Usted también tiene relaciones.

—¿Quién? ¿Benita? Es una modesta portera que no ve más allá del primitivo Sistema Inteligente que le compraron los miserables de tus vecinos.

Corté por lo sano:

—No tiene nada que ver. Estábamos hablando de Dios.

—Perdoná que te corrija: estábamos hablando de un tema que no tiene nada que ver con nada. Se te ocurrió a vos, no a mí.

—Muy bien. Usted tiene razón, como siempre. Quise saber su opinión, a la que tengo derecho después de habérmelo implantado en mi sistema nervioso. Dígame por favor qué le parece.

Ahí, al fin, el diálogo hizo pie. Pero no es fácil sostener una conversación con un sistema que está tanto dentro como fuera de uno.

—¿Pero no ves que no hay tema? Estamos hablando de vos, de tus ocurrencias descabelladas y de tus angustias pretendidamente elegantes. ¿Qué

voy a opinar? Tengo mil cosas que hacer, ¡no doy abasto! No me alcanza el día, no recibo ninguna clase de ayuda, al contrario. Si por mí fuera me apagaría o me pondría a recargar en un enchufe, ¡pero no puedo!

—Yo no se lo impido.

—¿Y quién hace las cosas?

Un silencio. Después dije:

—Lo voy a pensar. Quizás no sea tan grave.

—¡Uf! ¡No me hagan reír, que no sé cómo hacerlo!

Empezó a ponerse en modo Play, que era su recurso para entrar en imagen y no hablar, pero lo interrumpió para darme una última reprimenda:

—¡Y no se te ocurra decirles nada de estas fantasías mórbidas a los chicos!
¡A ver si sos vos el que les das la idea de Dios, y te salís con la tuya!

—¡Cómo se le ocurre! Yo jamás...

X

¿Había que hacerlo tan maleducado para que diera color humano? Lo mismo podría haberse conseguido con algunos chistes intercalados. Es cierto que en este futuro en el que me había tocado vivir las relaciones humanas se habían reducido al mínimo, por lo que no había paradigmas vigentes que dijieran cómo se hacía. Había que conformarse, en el día a día, con los hijos espermáticos, haciéndose a la idea de que serían unos eternos adolescentes, irresponsables, sin perspectivas serias de vida. El éxito de la especie humana había sido tan completo y definitivo (tan amplio sobre todo) que desalojó la idea de Dios, lo que fue un alivio. La contracara fue una cierta soledad. Con los Sistemas Inteligentes haciéndolo todo por nosotros, la necesidad del prójimo se redujo al mínimo. Lo que no quitaba que éste que yo había comprado me maltratara inútilmente. Él decía que lo hacía como metáfora. ¡Pero lo hacía! No se lo reproché porque estoy cansado del diálogo de sordos.

Descartando los modales, cosa que hice con la mano, sus opiniones punzantes contenían una punta dialéctica que me convenía explorar: había dicho que lo mío iba en camino a ser una profecía autocumplida. Yo por mi cuenta agregaba algo más: podía ser el modelo de autocumplimiento de todas las fantasías. De modo que debía andarme con cuidado. Lo ideal habría sido ponerme en RT y probar distintos caminos de acción, o dejar que los sistemas inteligentes públicos los probaran por mí. Así hacen los hombres de negocios cuando quieren ir con pies de plomo en asuntos delicados. Pero lo mío no era un negocio sino más bien una aventura, o por lo menos yo lo estaba viviendo como tal. Había campos de prueba menos engorrosos (para mí) que la RT. Estaban mis dos recursos de programación-desprogramación. ¿No los venía usando desde hacía años como un laboratorio de ideas? ¿Qué me impedía hacer con ellos el ensayo de esta nueva preocupación? Si salía mal, no tenía más que olvidarme para siempre. De todos modos, los consideraba descartables. Más de una vez los había proclamado irredimibles; de hecho, era lo que decía cada vez que regresaba de ver a uno u otro, pero después volvía a hacerme alguna ilusión, y me dirigía a los planos de programas. Ésta podía ser la ocasión para sacármelos de encima de una vez por todas. Y de paso, servirían de algo.

Empecé por el Programador, que era el peor (aunque no estaba seguro de mi evaluación de los méritos relativos de esta pareja despareja). Ir al centro me desalentaba por anticipado, por el tránsito, pero cerré los ojos y después de ubicarlo en las redes espectrales fui a él. De una cosa estaba seguro: de que estaría disponible para mí. No tenía otra cosa que hacer.

Fue todo verlo y sentir que había sido inútil desplazarme y hacerme ilusiones. ¡Cuánta verdad había en mi pesimismo! ¿Cómo podía esperar comprensión de un Programador? Y no era culpa suya. La culpa era mía. Él actuaba su papel con la sinceridad insípida de sus circuitos, respondía a las condiciones en que se había desarrollado, lo mismo que yo o cualquiera. El error estaba en esperar otra cosa. Nos separaba un abismo de tiempo y experiencia, y todo el trabajo de colmarlo quedaba de mi parte: él no veía ningún abismo, y sus instrumentos lo hacían definitivamente inepto para colmar nada. Al contrario: su blindaje lo inducía a cavar más, a ampliar el vacío.

Se mostró eufórico al registrarme, como si yo fuera a salvarlo. No se tomó ni un segundo para empezar a «darme clase», como tenía por costumbre. Daba por sentado que cuando yo iba a verlo, era para oírlo. Los Programadores tenían ese defecto inescapable: lo sabían todo, saberlo todo era su razón de ser, de ahí que no les interesara escuchar lo que tuvieran que decirle. Sin darme tiempo a darle los Buenos Días empezó a hacerme el elogio de un dispositivo que quería que yo probara, novedosísimo, bueno para la salud, excitante para la mente. Se trataba de un viaje en una anticuada nave de células que lo dejaba a uno en un sitio interesante y prometedor, algo así como las afueras de una ciudad; y entonces uno, si tenía tiempo y ganas, entraba a esa «ciudad» caminando, se perdía entre los palacios y torres, los salones de exterior-interior, visitaba los departamentos. Y el chiste estaba en que no había gente. Nadie, ni un alma. Pero no como si el sitio estuviera deshabitado o abandonado o sus moradores se hubieran escondido. El aparato los hacía desaparecer mientras uno efectuaba la visita. Eso era todo. Lo describía como poético y divertido, y me prometía días y noches de pasatiempo. A mí me parecía una aberración más, tan vana como cualquier otra pero bastante más deprimente. No se lo dije, para no llevarme una reprimenda. Le pregunté si eran ciudades reales, ante lo cual soltó la risa.

—¡Qué deliciosamente anacrónico sos! ¿Cómo van a ser reales? ¿Y cómo van a no ser reales? ¿Cómo podrían ser una cosa u otra? Me encanta que me hagan esa clase de preguntas... Todos los que me consultan viven en otra

época, y por eso me consultan. Son la decoración de mis ideas. Le dan una perspectiva incomparable a todo lo que digo. —Se acordó de algo—. No te había dicho que la nave en la que vas a esos lugares está hecha con las células de la gente que vive ahí.

Qué asquerosidad. Siguió hablando sin parar, y me pregunté si me daría la oportunidad de sacar el tema por el que había venido a verlo. Al fin lo interrumpí:

—Escúcheme, señor. Quería consultarlo sobre algo que me está preocupando.

—Vos dirás. Te noté preocupado. A mí no se me escapa nada; capto las ondas. A veces evacuando consultas de alguien, haciendo digresiones como es tan frecuente en mi exuberancia orbital, él se va, y cuando nos volvemos a ver frente a frente, días o semanas después, le pregunto a boca de jarro. ¿Encontraste las llaves? Él queda atontado como si le hubiera dado un mazazo en la cabeza, mete las dos manos en los bolsillos y las saca y las vuelve a meter, como hace siempre cuando está perplejo. Al salir de ese estado me pregunta ¿Cómo sabe que había perdido las llaves el día que nos vimos, si no se lo dije ni se lo dije a nadie? Y yo, más sorprendido que él: ¿No me lo dijiste?! No, me responde, estoy seguro porque me hice la obligación de no decírselo a nadie, por precaución. Pero se imaginará lo nervioso que estaba ese día, aunque hacía todo lo posible por disimularlo... ¡Ahí está la explicación! le digo. Yo sentí las vibraciones de tu estado anímico, sin registrarlo a nivel consciente, y deduje la causa sin necesidad de pensarlo, con tanta más puntería por eso mismo, y lo almacené en formato «hechos».

A esta altura yo me había hecho un lío tremendo tratando de seguirlo. Cuando paró para que no se le recalantaran los cables aproveché para decirle:

—¡Un momento! ¿Quién es ese sujeto? ¿Cuándo pasó eso?

—Nunca. Es un ejemplo. Podría haber pasado. Me está pasando todo el tiempo.

—Me va a tener que disculpar, pero no sé lo que es un «enjem...plo».

—Se dice «ejemplo». Es un caso particular con las características de todos los demás casos particulares de su mismo tipo. ¿No usás un «ejemplificador» en tu sistema de RD?

—No. Ni sabía que existían. Pero sigo sin entender. ¿No me dijo que la anécdota no le había pasado? ¿Cómo puede ser un caso particular no real?

—¡Es que es un caso particular de ejemplo! Suponte que «particular» está en la abcisa, y «no real» en la coordenada. En algún punto se cortan, y esa

ocurrencia debe existir necesariamente, porque si no quedaría una casilla vacía, y lo real no admite vacíos.

—Mmm. No lo veo muy claro. ¿O sea que este supuesto consultor con el que le habría pasado ese «hecho» tampoco existe?

—Podría existir, no sé. Podría estar latente.

—Pero no existe, no es nadie que usted conozca. ¿Entonces por qué estaba ese detalle de que él siempre se mete las manos en los bolsillos cuando se pone nervioso?

—Es un detalle circunstancial de color. Totalmente fuera de lugar, de acuerdo. Eso es porque el ejemplificador que uso en mi RD es un modelo viejo y defectuoso, una verdadera porquería. Es por eso que lo uso. ¡Me encanta! Crea unas confusiones inextricables.

—Ya veo.

—Lo mismo podrías haberte preguntado que es eso de las llaves. En una lejana época del pasado pueden haberse usado llaves para entrar a las casas, y sin ellas no se podía entrar, de modo que el que las perdía tenía un inconveniente. Hoy resulta por completo incomprensible, pero por eso mismo establece resonancias de sentido. Las llaves de antes son un equivalente de las naves de células con las que se viaja en el juego de la casa vacía. Como ves, hubo una contaminación, que le da una atmósfera a todo lo que voy diciendo. El discurso se llena de huecos, que ni yo entiendo. Pero ahí está su encanto. A mí me gusta lo imperfecto, lo que rompe los moldes...

Siguió perorando en esa línea autocomplaciente típica de un Programador, mientras yo me perdía en una meditación pesimista. Confirmaba lo poco que me sentaba la vida social, así estuviera restringida a una consulta al Programador personal. ¿Cómo saber de qué me estaba hablando, con todos esos dispositivos de discurso de los que yo nunca terminaba de hacer el catálogo? Respondía un poco al azar, y me sentía un idiota. Al menos dentro de mi familia lo tenía claro, aun a costa de salir perdiendo siempre. Con los extraños directamente no sabía cómo comportarme. Los sentía venir navegando en mis células hacia mi casa vacía. ¿No sería mejor renunciar, quedarme en mi cuarto y no exponerme más al ridículo?

De estas reflexiones me extrajo de pronto su voz haciéndome una pregunta. Por una especie de milagro, fue él quien me recordó el tema de la entrevista. Yo había manifestado estar preocupado por algo...

—Ah, sí —dije sacando fuerzas de flaqueza—. Creo haberle dicho que mi hijo se dedica a ese estúpido Juego de los Mundos...

—Mmm... sí. —Vi caer el telón de indiferencia sobre su pantalla. Ya estaba elaborando un cambio de tema. Pero no le di tiempo.

—Lo que ha empezado a preocuparme es que la práctica de este juego, al que son tan afectos los adolescentes, termine reponiendo la idea de Dios, que habíamos dado por felizmente extinta.

El velo de tedio se levantó tan rápido como había caído. La consulta lo halagaba, al darle la ocasión de aleccionarme.

—¡Eso nunca va a pasar! No te hagas ningún problema. La destrucción de la idea de Dios fue demasiado radical para que se la pueda recomponer. Se necesitaría mucho más que unos chicos jugando a la guerra. La destrucción se produjo desde adentro, así que Dios mismo tendría que tomar la decisión de reponerse. ¡Y como no existe...! Quod erat demostrando.

—¿Cómo «desde adentro»? No entiendo.

—¿No sabés acaso cómo murió la idea de Dios?

—No.

—¿No lo sabés? ¿En serio?

—¡No, no sé! No me humille más.

—Es que justamente vos, con tu interés en la literatura, deberías saberlo. Realmente creía que lo sabías. Qué raro. ¿En serio no sabés? Perdón, sí, ya sé que me dijiste que no. Sólo que no puedo creerlo. De hecho, hay quienes piensan que vos mismo fuiste el que lo mató.

—¡Pero qué barbaridades está diciendo!

El relato que me hizo a continuación obtenía todo su sentido de la Historia, de ser algo que había sucedido hacía muchísimo tiempo, pero saliendo de sus trompas sonaba como si fuera una novedad de la que se había enterado hacía unas horas, una de las tantas novedades que se dedicaba a coleccionar.

—En aquel entonces los Sistemas Inteligentes habían empezado a autorreproducirse en niveles cada vez más altos, y al fin, en uno de ellos, no el más alto de todos, lo sintetizaron a Dios, en forma de juicio final. Como es lógico, todo el mundo quiso consultarlo por su destino último: qué pasaría con él, con su paquete genético, por dónde volvería, etc. Se hicieron unas aglomeraciones gigantescas. Pero eso estaba calculado, y no habría presentado problemas. El problema estuvo con los escritores. Ellos también, ellos más que nadie, y es comprensible, quisieron saber cuál sería la suerte final de sus obras. Eran tan vanidosos, tan narcisistas, y se sentían justificados porque después de todo, lo que habían hecho, bien o mal, lo habían hecho con vistas a una posteridad que hasta entonces había sido imprevisible y misteriosa. Pues

bien, como podrás imaginar, se produjo una sobrecarga, no sólo por la cantidad y la urgencia, sino porque al tratarse de escritores se superponían la pregunta y la respuesta, eran la misma cosa, y a la vez debían ser cosas distintas. A Dios se le conectaron todos los circuitos consigo mismos, y explotó. Fue una gran bomba de color rosa que irradió hasta el último confín del Universo, y a partir de ahí dejó de haber escritores en la forma en que los había antes. Poco después, o hacia la misma fecha, todos los libros se pasaron a imágenes de resolución de palabras, y de los escritores se hicieron cargo sus descendientes, es decir la humanidad. Con lo que tuvieron su merecido castigo.

XI

Cuando llegué de vuelta a casa seguía pensando en ese cuento. De más está decir que no sabía si creerlo o no. Sabía perfectamente que no se trataba de creer, sino de entender. Esa clase de relatos venía con la marca de alguno de los infernales aparatos de sentido y sinsentido, o sea que debía de haber sido inventado a medida que se pronunciaba. El efecto general era de anulación. Además, como los aparatos adaptaban en forma automática los discursos a la personalidad del emisor (en lo que coincidían, por casualidad, con la vieja práctica de la psicología), debía tomar en cuenta la chillona frivolidad del Programador. Realmente con él no había corrido ningún peligro de profecía autocumplida. La frivolidad era la barrera ideal en este caso: la peligrosísima idea de Dios se había vuelto un rebus más, casi un chiste.

De todos modos, me preguntaba cómo podía haber pasado por alto en el curso de mi experiencia esta historia de la explosión de la idea de Dios. ¿O la había conocido sin saberlo, bajo otro aspecto, por ejemplo en una alegoría o metáfora? Mandé hacer una busca, y dio negativo. Por pura buena voluntad, los Sistemas Inteligentes, a los que recurro tan rara vez, me ofrecieron una explicación, bastante plausible: cuando empieza a circular una información, hay gente a la que le llama la atención y la registra, y gente que no. La información corre por el tejido social, y con el tiempo llega a recorrerlo todo; pero la sinusoide del interés hace que esquive a muchos, entre ellos muchos que se habrían interesado muchísimo en ella, pero no se enteran porque el que podía transmitírsela no se interesó. Es una cuestión puramente mecánica, en todo caso estadística. Suele suponerse que el interés forma una cadena sólida, y sin embargo esto demuestra que no es así: está todo agujereado.

La verdad es que no tenía ganas de volver a salir. Con esa reunión ya había tenido bastante por el día, y por mucho más que un día. Pero al mismo tiempo había una energía que me llevaba a acumular, a seguir haciendo «ayer» aun a pesar de que la suma hacía una confusión, y los datos se volvían redundantes. Así que volví al centro a ver al Desprogramador, sacando fuerzas de flaqueza.

—Creo que ya le conté —dije ante su impavidez de monstruo inerte— que mi hijo se dedica con fruición a ese estúpido Juego de los Mundos.

—En efecto.

Aquí estaba ante un estado de silencio respetuoso. Pero sabía que los sistemas en los que se apoya la desprogramación en general son contingentes de ironía; una capacidad enorme de acopio de información les permite ocultar bajo montes de datos y nombres sus intenciones reales. Lo había aprendido de este espécimen que consultaba. Sólo en raras ocasiones, deliberadamente espaciadas, dejaba salir a la superficie de la conversación una punta del iceberg de su erudición, y siempre tenía algo temible.

—Supongo que conoce la mecánica de ese juego.

—Sí. En realidad no es algo tan nuevo como esos niños suponen, y como les han hecho creer a sus padres.

—¿En serio?

—¡Por favor! Habría que ser muy ingenuo para creer en la novedad de ese fogoso onanismo.

—Agrégume a mí a la lista de ingenuos —le dije con melancolía.

Cambio de dirección con un chillido escalofriante, como si los vectores de la cortesía hubieran quemado asfalto.

—En tu caso es por la ingenuidad que procede de tus lecturas, o sea de tu obra literaria. Vos podés creer cosas falsas sin perjuicio, porque el continuo las repone en el lugar de las verdaderas.

—Bueno, muchas gracias —le dije sin entender. La verdad es que nunca le entendía gran cosa, pero no se lo confesaba porque estaba seguro de que me respondería que mi famoso continuo ponía lo entendido en el lugar de lo no entendido.

Había una simetría entre éste y el otro: al Programador, que hablaba siempre de sí mismo, le entendía todo; al Desprogramador, que hablaba siempre de mí, no le entendía casi nada. Pero volví a lo que me había intrigado: —¿En serio, tiene antecedentes?

—¿La ingenuidad?

No perdía ocasión de mostrar su rapidez mental, lo que resultaba bastante cargante.

—No. El Juego de los Mundos.

—No debe de haber cosa con más antecedentes. Fijate que está basado enteramente sobre la premisa de que el contacto con una cultura distinta sólo puede establecerse en la forma de la guerra. ¿Y te parece que eso no ha sido usado ya? ¿La guerra como lengua con la que entenderse, cuando los idiomas respectivos son incompatibles?

La tranquilidad con que lo decía hería mis sentimientos liberales, pero lo

acepté como parte de su condición. Además, me daba pie para entrar en el tema.

—Justamente, hoy quise verlo para comentar algo que me está preocupando, en esa misma línea. Usted dirá que es una senilidad más de las mías, pero he empezado a temer que la práctica de este juego termine reponiendo la idea de Dios, que afortunadamente dejamos atrás hace tanto tiempo.

—¿La idea de qué?

—De Dios.

—¿Qué es eso?

La sorpresa me dejó con la boca abierta. Alguna vez había pensado que los Desprogramadores, por su función, debían de tener lagunas importantes en sus circuitos. Probablemente no les quedaba, después de la desprogramación, más que la información estrictamente adaptada al presente. Ahora éste debía de estar creyendo que yo le hablaba de algún gadget novedoso de los juegos, lo que en realidad no estaba muy lejos del concepto que me vi en el trance de transmitirle.

—El ser humano tiene límites —empecé—. Por eso, en los albores de la humanidad, se generó la idea de un ser que fuera en todo como los humanos, pero sin límites.

—Ya veo. Qué interesante. Un ser negativo. ¿Se te ocurrió a vos?

—No me está prestando atención. Estoy hablando de un proceso histórico, prehistórico, transindividual; juro que no tuve nada que ver; ahora están tratando de hacerme cargar con ese sambenito, pero soy inocente.

—De acuerdo.

—Pero sí, era un ser negativo. Salvo que se lo adornó con una positividad absoluta, lo que proyectó una sombra de negatividad sobre todo lo demás. Eso duró muchísimo, casi hasta el alba de nuestra era. Y se imaginará los estragos que hizo. Mi temor es que ahora vuelva, encabalgado en la práctica de este juego. —Vi que no entendía, y me arriesgué a extenderme un poco, con toda la repugnancia que me producía hacerlo—. Los mundos que son el objeto del juego, por ser reales, son particularidades que ocupan cada vez el campo entero de la realidad, y no dejan espacio más que para un ser ultraparticular, una generalidad singular, que sería justamente la vieja y archipodruda idea de Dios. Eso sería el fin de nuestra sociedad tal como la conocemos, y la vuelta al viejo mundo puesto a cargo de un Amo superpoderoso.

Me reflejaba en él con cara de estúpido.

—¿Le parece que tengo razón para alarmarme?

—¡Por supuesto que no! —exclamó riéndose—. ¿Qué nos puede preocupar lo que hagan esos imberbes? Al contrario. ¡Ojalá que sus manejos produzcan un efecto general! Si la idiotez cunde, mejor para nosotros, vamos a estar más tranquilos, con más tiempo y disponibilidad para nuestras cosas.

¡Que típico de su personalidad implantada! No sabía lo que decía. Le bastaba con triunfar dialécticamente sobre los programas que le traía la gente (y todos andábamos cargadísimos de programas), y creía que eso era mantenerse elegantemente al margen de las preocupaciones comunes.

¿Pero qué podía esperar de él? Si era medio tonto, o tonto del todo. ¿No le había oído decir una vez que los colectivos que había antes en las ciudades, eran unos para ir y otros distintos para volver? Más que eso, decía que unos eran para que la gente subiera, otros para que bajara. Y lo decía totalmente convencido, pobre. Es cierto que tenía por excusa, como la tenían todos, el hecho de que los colectivos ya no recorrían las ciudades, desde hacía ocho o nueve miles de milenios por lo menos, y habían quedado reducidos a conceptos vacíos, que podían someterse a todas las variaciones de un discurso hedónico.

Este panorama desolador procedía de la frivolidad reinante, y ésta era el resultado lógico de nuestra evolución. Todo lo que habían escrito los literatos del pasado había sido traducido a sucesiones de imágenes, y la humanidad hacía muchas generaciones que venía alimentándose, en el mejor de los casos, de estas cadenas incoherentes de imágenes, bajo las cuales habían quedado sepultados todos los textos. Un discurso filosófico que explicaba la diferencia entre la verdad y lo falso, o uno científico del que se aprendía la constitución del basalto (o la temperatura a la que hierve el agua, ese enigma) se había traducido a un hilo velocísimo de figuritas. ¡Y se infatuaban con ellas! ¡Se creían cultos! Si se les hiciera un test de conocimientos generales con preguntas muy básicas (de tipo «la palabra jarrón, ¿es aguda, grave o esdrújula?» o «de los números 1444 y 1440, ¿cuál es divisible por cinco?») no acertarían ni una. Las singularidades lo habían invadido todo.

Ya nadie se preguntaba qué decir. La cuestión era decirlo, sin más. Los Sistemas Inteligentes de verosimilización personalizaban el discurso, y esa medida miserable de saber les bastaba, y hasta se jactaban de ella, como si hubieran descubierto el átomo. Pero sucede que el discurso en tercera persona no está verosimilizado a priori. En primera persona sí. Si a uno le pisan un callo y suelta una puteada la emisión en sí ya viene con sentido. Pero decir

«La marquesa salió a las cinco», ¿de qué causa experiencial puede ser efecto? Sólo del interés del interlocutor. ¿Y a quién le importa, eso o cualquier otra cosa? ¿A quién le importa nada? De ahí el trabajo ciclópeo del que se han hecho cargo los Sistemas Inteligentes: transformar toda emisión en tercera persona en emisión en primera persona. Y el resultado ha sido volvernos un hato de imbéciles pagados de nosotros mismos.

XII

El estado de agotamiento en que llegué de vuelta a casa fue indescriptible. ¡Yo que nunca salgo, salir dos veces al hilo! Y trasladarme al centro, ida y vuelta las dos veces, con todas las dificultades que conlleva ese trayecto de tránsito pesado. Pero en el fondo encendía un conato de satisfacción: había podido hacerlo. Una hazaña menor, que me hacía sentir joven; las sensaciones, aun las basadas en el error, empiezan a contar cuando los hechos no son lo que uno esperaba. Una vez al año podía permitirme un exceso de actividad como el de esta jornada. Me dolía todo el cuerpo, tenía las piernas pesadas como dos troncos de algarrobo, me zumbaban los oídos y veía doble. Me tiré en un sofá cuan largo era, y con un resto de energía que no sé de dónde saqué, me puse a peinar un muñeco en un vano intento de producir un efecto de descanso. Apagué todos los SI y me entregué a las visiones interiores.

Un mal antecedente que debía tomar en consideración era que la noche anterior había soñado con un objeto abstracto. Según la superstición popular, trae mala suerte. Supongo que eso viene de la época de la constitución del exaedro. Fue tal su importancia para la comprensión de lo exterior que les dio mala fama a todos los demás objetos abstractos (¡hasta el modesto y servicial cubo!, ¡hasta la prestigiosa pirámide!; tanto más a los objetos abstractos informes, como el de mi sueño) que pasaron a ser considerados distracciones inútiles, perjudiciales para el intelecto. Yo no les doy mucho crédito a las supersticiones, pero ésta me pegaba en un punto sensible porque me había quedado muy vivo el recuerdo de un cuento que me contaba mi papá cuando yo era chico. Él lo contaba con toda la inocencia cariñosa de un padre haciendo dormir a su hijito; y yo le pedía que lo repitiera noche tras noche, ni él ni yo conscientes del daño que me causaba. Debía de provenir de la publicidad que se le hizo al exaedro en su momento. Tenía su encanto, como lo tiene, para los niños especialmente, todo enfrentamiento de buenos y malos, en blanco y negro.

«Había una vez...» un objeto abstracto, agresivo y engreído, intruso en el plano de los objetos figurativos, que lo rodearon para expulsarlo. Pero no fue tan fácil. No encontraban la estrategia adecuada, la mesa esperaba que la cuchara atacara primero, la taza se hacía la desentendida, la silla pateaba

impotente el piso, el arbolito de Navidad y el peine se escabullían. Habían creído poder imponerse porque los respaldaba el mundo real, el nombre de cada uno, y fundamentalmente porque eran muchos, eran toda la variedad de cosas que existen, mientras que el objeto abstracto era uno solo. Pero la ventaja numérica quedaba neutralizada por sus respectivas naturalezas. Los objetos figurativos estaban atados a lo que eran, de ahí una restricción a sus fuerzas (en la taza nadie podía sentarse, la silla no podía contener té ni café), mientras que el objeto abstracto, al no ser nada más que él mismo, disponía de una perfecta libertad para desplegar sus potencialidades oscuras en todas direcciones. Al ver que nada podían contra él, trataban de convencerse de que era inofensivo. Pero cada vez que decían algo para tranquilizarse, una voz desde el fondo lo desmentía. Ésta era mi parte favorita del cuento; mi padre la dramatizaba haciendo voces distintas.

—No nos puede hacer nada porque no puede vernos...

Y la voz, retumbando y rebotando en las paredes:

—¡Sí, puede!

—Pero no puede tocarnos...

—¡Sí, puede!

—Por suerte es lento, no puede volar...

—¡Sí, puede!

—No puede contagiarnos el herpes genital...

—¡¡Sí, puede!!

Yo temblaba de emoción a cada réplica, arrebujado en la cama con la frazada hasta los ojos, las manitas buscando con fervor el pequeño pene para aferrarme a él como a la tabla del naufrago, sin poder creer, o aceptar, que no hubiera con qué darle al desagradable e incomprensible objeto abstracto.

Volviendo a «ayer»: las consultas realizadas no me habían tranquilizado. Seguía pensando que había un peligro latente. Pero traté de darles tregua a las preocupaciones, ya tenía bastante con la fatiga física. Dejé que mi visión interior pasara por ocas, poliedros, plegamientos, orcas, cálamos, vertientes, huellas, escalones, helechos...

No. Con dos veces no fue suficiente. Tuve que ir una tercera vez. Fue un récord, algo histórico, ni yo mismo lo podía creer: ¡ir tres veces al centro en un solo día! Tengo que contar cómo fue.

Hubo un hombre que se comunicó conmigo. Dijo que sabía que mis hijos jugaban con los suyos al Juego de los Mundos, y que tenía algunas inquietudes que quería comentarme. Hacía mucho que no tenía contacto con un hombre de

mi generación, ya por ese solo hecho me interesó. Últimamente no había tenido ocasión de compartir experiencias de padre y de madurez. Además, que tuviera algún pensamiento inquietante sobre el Juego coincidía con mis últimos movimientos de un modo prometedor. Como hablábamos en cifrado, no pude expresar muchos matices salvo que me interesaba hablar con él. ¿Poníamos cintas? ¿Volados? ¿Caras pegadas?

No. Descartó cuanto sistema propuse. Quería un encuentro en persona. Tardé un poco en comprender. ¿Una reunión material? ¿Por qué?

Él (en cifrado): es confidencial. Tragué saliva. Por un lado, era como si una montaña de peñascos de obsidiana cayera sobre mí; por otro, despertaba la orgullosa codorniz de mi curiosidad. Los encuentros en persona sólo podían darse en el centro, y la perspectiva de hacer el tercer viaje del día lo tenía todo para asustarme con una desintegración. Por otro lado, quizás era la única oportunidad que tendría de encontrar comprensión.

Debo aclarar que el centro del que hablo es el centro de la Tierra. Eso se debe a que la proliferación de sistemas de RT hizo que la fuerza de gravedad llevara cada vez más hondo a la vieja realidad común. Terminó en el punto central del planeta, que al llenarse con todo lo que había venido pasando en la superficie se expandió en forma de laberinto. Como siempre hay alguien atento a las posibilidades de hacer negocio, hicieron en el laberinto un Tren Fantasma que atrajo a millones de turistas ávidos de diversiones vintage, y el tránsito hacia el centro se volvió un infierno. Y no había más remedio que ir si uno quería tener un encuentro cara a cara. Inicé la secuencia de gestos y decisiones con las que hacer el tercer viaje.

Me hizo pensar que todo (la elusiva realidad) es una sucesión de hechos intercalados con pensamientos, o viceversa. O sea que mi preocupación por la idea de Dios (un pensamiento) estaba ahí sólo para servir de intervalo entre mis viajes al centro y mis encuentros con gente (dos hechos); a la vez que mis viajes al centro (un hecho) estaban ahí sólo para hacer de intervalo entre mi preocupación por la vuelta de la idea de Dios y mi curiosidad por un contemporáneo (dos pensamientos). Lo que importaba era que no hubiera dos acciones seguidas o dos pensamientos seguidos.

Pues bien, fui, capeando mi estado deplorable. El sujeto me esperaba, sentado junto al cartel de Límpido tal como me lo había dicho. La primera impresión no fue favorable, pero por eso mismo fue favorable. Quiero decir, el tipo estaba a la miseria, pálido, sudoroso, despeinado, la ropa arrugada y con lamparones; pero como yo estaba igual, o peor, no me sentí fuera de lugar.

No se levantó al darme la mano, flácida, muerta, igual que la mía. Se disculpó, sin necesidad: dijo que estaba en condiciones tan lastimosas porque era la tercera vez en el día que iba al centro. Tanta coincidencia me sonaba prometedora.

—Tanto jaleo —dijo—, y la incomodidad a la que me veo obligado a someterlo a usted, tiene su razón de ser, se lo aseguro. Es un asunto de vida o muerte.

«Vida o muerte» tenía una cláusula de más, le hice notar. La muerte había sido suprimida en un lejano pasado, fue una de las primeras operaciones que se hicieron con los tratamientos de Realidad. Fue por un motivo puramente económico, aunque después se lo disfrazó de razones muy poéticas y humanitarias. Sucedió que en los primeros viajes al espacio exterior, que eran carísimos y muy engorrosos de preparar, todo terminaba dependiendo de los tripulantes de las naves. Y con la fragilidad congénita del ser humano, el esfuerzo y los millones invertidos podían perderse si al viajero se le ocurría morir de pronto, cosa que podía suceder por más exámenes que se le hicieran. Hoy se hace difícil entenderlo, pero en aquel entonces las más de las veces no se sabía con qué se encontrarían, o qué les pasaría. Los traslados se hacían en el espacio cuantificado, de modo que quedaba un lapso de tiempo desfásado e incontrolable. Así que aunque todas las contingencias hubieran sido contempladas, podía quedar una más: el tipo tropezaba y se rompía el cuello, o se atragantaba con un hueso de pollo, o se le metía un virus. Se moría, y la nave quedaba al garete, y había que poner en el Debe toda la plata gastada. Cuando el bolsillo duele, el ingenio se agudiza. Y una vez que encontraron el modo de anular la muerte en los astronautas, ya que estaban la extendieron a toda la humanidad. Al principio por extenderla nomás, porque sí. Las razones para hacerlo vinieron a la zaga. En efecto, no es difícil ver qué conveniente es, porque con cada ser humano que se pierde se pierde un tesoro único e irrepetible, ya que el conjunto de todos los saberes y experiencias que ha acumulado en el curso de su vida, aunque haya sido el último de los linyeras, lo hacen diferente de todos los demás. Es cierto que después se anularon saberes y experiencias, y la solución se volvió tan inútil como un trasto viejo, y para lo único que sirve es para que los padres nos quedemos tranquilos cuando nuestros hijos salen a romper mundos.

Aun así, era la Muerte la que lo había puesto en ese estado lamentable. Igual que yo, se había interiorizado del mecanismo y resultados del Juego de los Mundos, había lamentado como yo la aniquilación de la vida de planetas

enteros para diversión de adolescentes... pero, lo mismo que a mí, no era eso lo que lo preocupaba. Paré la oreja.

—No sé si usted habrá notado, como lo hice yo, que las totalidades que entran en acción en este juego sugieren áreas sobrenaturales, poderes, tronos...

Ya veía adónde iba, y el asombro me paralizaba la lengua: los dos habíamos sentido la misma alarma ante la posibilidad de que revivieran a Dios. ¿Habría sido una transmisión de pensamiento, una coincidencia, o es que sería tan obvio?

—Dios... —murmuré involuntariamente.

—Perdón, no me he presentado. En la urgencia de este trance dejé de lado los trámites de la cortesía. Me llamo Oskar.

—Mucho gusto.

—Veo, por la palabra que le oí murmurar involuntariamente, la palabra clave, que en usted ha sonado el mismo timbre de temor que ha venido moviéndome a mí todo el día.

—«El día de ayer» —citó.

—Exacto. ¿Qué piensa usted?

—Que esto puede significar el fin de la civilización tal como la conocemos.

—¡El fin de los valores!

—¿De qué nos servirían los Sistemas Inteligentes?

—¿Adónde irían a parar las Playas Maravillosas?

—¡Y el Programador no hace nada!

—¿Usted también lo consultó? Qué farsante.

—Un verdadero inútil.

—Y el Desprogramador es peor.

—Un cero a la izquierda.

Estábamos en todo de acuerdo. Pero estar de acuerdo en un diálogo de sordos las más de las veces equivale a estar en el más perfecto desacuerdo, como pude comprobar cuando este hermano en la aflicción alzó los ojos al cielo, olvidando que estábamos en el centro de la Tierra, y exclamó:

—¡Qué será de nosotros si muere la idea de Dios! Si muere su idea, muere Él. Y sin Dios perdemos todo, empezando por el respeto a los mayores. Y la cultura, el respaldo de la masa fiduciaria...

Siguió con la enumeración, y siguió y siguió. Tenía para rato con la muerte de Dios, era el tema de los temas. Aquí y allá intercalaba un «¿eh?» o un

«¿qué le parece?», pero no esperaba respuesta, tan emocionado estaba, así que yo me limitaba a un cabezazo o un «ajá» no comprometedores. De cualquier modo, no habría podido dar una respuesta articulada. El estupor me dominaba. La confusión que había sido la columna vertebral del diálogo anterior ya habría bastado para desconcertarme; pero mucho más lo hacía lo que resultaba del clamor del hombre: que Dios estaba vivo y coleando, con su idea vigente. ¿Era posible? De sólo pensarlo, la tierra temblaba bajo mis pies, todas mis certidumbres se derrumbaban en cascada.

Claro que este sujeto podía estar equivocado, o padecer delirios alucinatorios, pero algo me decía que no era así, que el equivocado era yo. Si era así, mi error venía de lejos, y casi todo en mi vida derivaba de él. ¿De dónde provenía? Era la primera vez que me lo preguntaba, y sentí la enorme importancia de la respuesta. ¿Quién me había dicho por primera vez que Dios había muerto? ¿O fue algo que nació espontáneamente en mi cabeza? Como fuera, había vivido toda mi vida sobre la tranquilidad y la herencia que me daba esa muerte, y una mirada retrospectiva a mis años me los mostraba deslizándose sobre una superficie enjabonada, sin que las acciones coincidieran nunca con las intenciones o las convicciones. ¡Y yo que me preocupaba porque pudiera volver! ¡Si nunca se había ido! Él debía de estar riéndose de mí todo el tiempo, jugando con mi pensamiento como el gato con el ratón.

Pero cuando pasó la primera sorpresa y pude ver nuestro malentendido con más ecuanimidad, me pregunté si realmente estábamos tan en desacuerdo. Quizás la idea de Dios, que tanto daño le había hecho a la vieja civilización, era una de esas ideas de doble uso, como la de «alquilar», que puede significar tanto que el dueño de una propiedad se la alquila a un inquilino, como que el inquilino le alquila a un propietario.

Si era así, tanto Oskar como yo estábamos en lo cierto y equivocados al mismo tiempo. Y lo habíamos estado desde mucho tiempo atrás, desde siempre. Él creyéndose protegido y garantizado por un Dios que no existía, yo libre de un Dios que tenía el ojo puesto en mí. El consuelo, miserable consuelo, era que los dos teníamos razón. ¿Pero de qué nos servía? Qué espectáculo patético debíamos ofrecer, derrotados, abandonados, al pie del cartel de Límpido. Abandonados por una idea.

24 de enero de 1998
24 de mayo de 2018